

Dr. Plinio

Vol. IX - Nº 96 Abril de 2026

Revolución y Contra-Revolución: una obra, un ideal, un espíritu

El alma de la Contra-Revolución

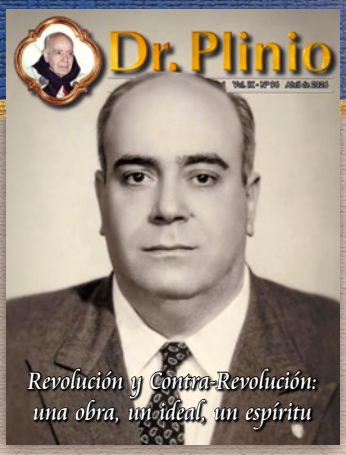


Si la Contra-Revolución es la lucha para extinguir la Revolución y construir la Cristiandad nueva, toda resplandeciente de fe, de humilde espíritu jerárquico y de inmaculada pureza, es claro que se realizará, sobre todo, por una acción profunda en los corazones. Ahora bien, esta acción es obra propia de la Iglesia, que enseña la doctrina católica y la hace amar y practicar. La Iglesia es, pues, la propia alma de la Contra-Revolución.

Si la Revolución es lo contrario de la Iglesia, es imposible odiar la Revolución y combatirla sin, ipso facto, tener como ideal la exaltación de la Iglesia.

(Extraído de Revolución y Contra-Revolución, Parte II, Cap. XII, 5 y 6)

Sumario



En la portada, el Dr. Plinio en la década de 1950.

Foto: Archivo Revista

Vol. IX - No. 96 Abril de 2026

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Segunda página — 2
El alma de la Contra-Revolución

Editorial — 4
Revolución y Contra-Revolución en el tiempo y en la eternidad

Piedad pliniana — 5
Esclavitud a María: condición para la victoria de la Contra-Revolución

Revolución y Contra-Revolución — 6
Más que un libro: ¡la definición de un ideal!

Santoral — 14
Santos de Abril

Revolución y Contra-Revolución — 16
La Revolución tendencial: una mentalidad, no una doctrina

Revolución y Contra-Revolución — 18
Historia del desencadenamiento de la Revolución Tendencial

Revolución y Contra-Revolución — 24
Factores de expansión de la Revolución Tendencial

Revolución y Contra-Revolución — 30
Evolución de la tendencia para la idea y las tramas de la Revolución

Última página — 36
La mayor razón de esperanza de los contra-revolucionarios










Editorial

Revolución y Contra-Revolución en el tiempo y en la eternidad

El primer grito de revolución de la historia fue dado por Lucifer y repercute hasta hoy: "*Non serviam!*" "¡No serviré!" Era la primera Revolución, modelo y causa profunda de las demás.

Inmediatamente nació, gloriosa y luminosa, la Contra-Revolución: San Miguel Arcángel que, aunque siendo un ángel de menor jerarquía que Lucifer, obedeció a Dios y levantó el estandarte de la disciplina, de la jerarquía, de la obediencia, contra el lábaro maldito de la desobediencia, de la insolencia, de la insurrección, de la negación de Dios. Dos ejércitos se formaron en los espacios celestes y, según la expresión de la Sagrada Escritura, *prælium magnum factum est in cælo* (Ap 12, 7), una gran guerra se trabó en el cielo.

La historia de la Revolución y de la Contra-Revolución se iniciaba así, antes de la creación de los hombres. Los ángeles rebeldes fueron derrotados y lanzados al infierno, en la infelicidad y en la desgracia eternas.

A lo largo de los tiempos, Dios desarrolla su plan: crea los hombres, la Encarnación del Verbo se da en las entrañas purísimas de la Virgen María, se funda la Santa Iglesia Católica. Pero, habiéndose cometido el pecado original, el Verbo que se hace carne y habitó entre nosotros tuvo que sufrir la Pasión y morir en la Cruz para redimirnos. Y todos caminamos, en medio de los peligros e inseguridades de esta vida, rumbo a un futuro espléndido y luminoso, el Cielo, si logramos ser devotos y fieles.

Así, el desenlace histórico de todos los acontecimientos que hubo desde la creación de los ángeles culmina en un punto fijo: habrá un momento en que Dios decretará el fin del mundo. El anticristo viene y Nuestro Señor Jesucristo, con un soplo de su boca, lo elimina. Todos los hombres muertos resucitan y se realiza el Juicio de Dios ¡la más ejemplar y magnífica lección de historia que se pueda imaginar!

La Historia es, pues, el desarrollo del plan divino en relación a la salvación de la humanidad, y se acaba una vez Dios pronuncie la sentencia y de orden a los demonios para empujar para dentro del infierno a todos los que se revelaron rehusando la salvación, y con ellos todas las escorias, las materias fétidas, la podredumbre, que no deben existir en la Tierra; mientras que los que se salven cantan loores a Dios que domina sobre el universo.

Por toda la eternidad habrá algo a la manera de una polémica: de un lado, los gritos de blasfemia de los ángeles y los hombres condenados; de otro, los cánticos de los bienaventurados que, en la medida en que quieran, pueden retrucar victoriosamente, enalteciendo las bellezas del orden, de la jerarquía, de la desigualdad.

Entonces, será como si toda la historia se repitiera y todos los hombres asistieran al desarrollo histórico de la salvación o la pérdida de cada alma: cómo fue, cómo luchó, cómo cayó o no cayó, cómo se levantó, cómo murió y, si se salvó, cómo floreció en el cielo, cual estrella de primera grandeza.

Todo se desarrolla a semejanza de un cordón histórico magnífico a la vista de la humanidad entera que presencia el espectáculo, comprendiendo el plan de Dios en su conjunto al establecer la salvación en favor de aquellos que tuvieron amor al orden y a la jerarquía; es decir, la Contra-Revolución, mientras que la ruina y el castigo tremendo quedarán reservados a los que se insubordinaron y establecieron la Revolución.

Este panorama general explica toda nuestra labor. Todo cuanto hacemos no es sino trabajar por la salvación de las almas, por la Santa Iglesia Católica, por la Jerarquía, por el orden que, de modo adecuado, refleja las perfecciones de Dios. Y todo cuanto es lo contrario de esto, no es más que la Revolución maldita e igualitaria.*

Este es el sentido más profundo de la obra cuyo aniversario de publicación conmemoramos en la presente edición de "Revolución y Contra-Revolución".

---

* Cf. Conferencia del 11/8/1995

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Esclavitud a María: condición para la victoria de la Contra-Revolución

Oh Señora de Fátima, nuestra Reina y nuestra Madre, vuestro manto sagrado delante de nuestro estandarte nos recuerda vuestra augusta presencia como Generalísima frente a su falange escogida, pasando revista a las tropas, lista para iniciar la batalla del gran y decisivo contraataque, que culminará en la instauración de vuestro Reino.

¿Qué ordenáis a nosotros, vuestros esclavos y paladinos, en este momento, Señora? La Contrarrevolución.

La Contrarrevolución, sí, que forme en el interior de cada uno de nosotros un perfecto esclavo vuestro; profesando con ardor la Fe Católica, especialmente las verdades en cuya negación o en cuyo olvido insiste más la Revolución ahora; practicando las virtudes cristianas, de modo especial aquellas que la Revolución actualmente execra más; luchando contra todos los agentes de la Revolución, en particular los más ocultos y eficaces; deshaciendo todas las tramas de la Revolución, sobre todo las más necesarias para su progreso.

"*Agere contra*", es esta la máxima de San Ignacio y la característica constante de la acción que deseáis de nosotros. En contra, con todos los riesgos y sacrificios. En contra, a pesar de todos los escarnios y calumnias. En contra, a pesar de todos los ataques y asechanzas. En contra, sí, oh Madre, de vuestros adversarios, cuando rezamos y cuando luchamos, cuando hablamos y cuando nos callamos, cuando imprecamos, argumentamos, atraemos, ahuyentamos o golpeamos; en contra, incluso cuando reposamos.

En contra, sí, en el punto más certero, con la táctica más apropiada, el vigor más intenso, la destreza más eximia, la sutileza más ágil, la demora más tenaz o la serenidad más fulminante.

En contra, con el deseo inflexible de la victoria más inmediata, terrible y entera; con la confianza más inquebrantable y serena en Vos, incluso cuando la victoria parezca alejarse de nosotros.

Contra vuestros adversarios que surgen en torno de nosotros y también, oh Madre nuestra, contra los que surgen dentro de nosotros: contra el orgullo, el apego a la voluntad propia, el igualitarismo, la envidia, la impureza, el sentimentalismo y los devaneos; contra la estrechez de horizontes, la trivialidad de alma, la vulgaridad del lenguaje y de las maneras, la inconstancia de los ideales.

Sobre todo, contra aquel que, por detrás y por encima de todos los poderes humanos, es el gran autor de la Revolución: Satanás. Es él quien, en estos días de supremos horror, va llevando a un paroxismo, solamente igualado cuando se consumó la Pasión y Muerte del Hijo de Dios, a todos los pecados y desórdenes del hombre.

La ignominia de los malos va alcanzando un grado superior a las posibilidades de mal existentes en la naturaleza humana. La estrechez de visión, la desprevención, la molicie, la cobardía y la contradicción de los que dudan entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, llegaron a proporciones que las limitaciones naturales de los intelectos apocados y de las voluntades pusilánimes no bastan para explicar. Eso se debe a que, presente en cada uno de esos aspectos de la decadencia contemporánea, está satanás, al frente de los ángeles inmundos, comunicando a los hombres su propia infamia, inspirándolos, instigándolos, coligándolos y lanzándolos al ataque final contra lo poco que queda en el mundo de fe, de grandeza sacral, de orden, de pureza y de belleza.

Vos ya nos prometisteis, pero permitidnos, Madre querida, que insistamos en suplicaros que intervengáis cuanto antes, quebrando el poder del demonio y expulsándolo de esta Tierra hacia las prisiones eternas creadas para su merecido tormento. Mandad pronto a San Miguel Arcángel y a las legiones celestiales para lanzar contra las huestes infernales una embestida fulminante e irresistible.

Y como en las luchas entre los hombres acostumbráis utilizar también hombres, os imploramos que nos deis la gracia y la gloria de ser, también nosotros, batalladores de esta lucha inmensa. Quebrad en nosotros todo el poder infernal, llenad nuestras almas de una perspicacia penetrante, de un odio abrasado, de una intransigencia absoluta, de una combatividad inexorable contra satanás, sus pompas y sus obras. Volvednos terribles e irresistibles frente a él.

Una Contrarrevolución así sólo es posible si hay entre vuestra y nuestra alma una consonancia, una unión misteriosa, mística, que realice en nosotros una transformación por donde no seamos nosotros, sino Vos quien viváis en nosotros. Sí, Vos, la *Ipsa conteret*, Aquella que aplasta la cabeza del demonio.

Para que podáis realizar en nuestras almas ese secreto de vuestro Corazón, queremos renovar solemnemente el vínculo de esclavitud con el cual ya nos unimos tantas veces a Vos. Dignaos aceptar, Madre misericordiosa, el tributo de nuestra entera e incondicional dependencia, y concedednos lo que tan suplicantes pedimos, para el honor y la gloria de vuestro nombre. Amén.

(Compuesta el 13/5/1974)

Más que un libro: ¡la definición de un ideal!



Jonas T.

Analizando los hechos desde una perspectiva privilegiada, el Dr. Plinio narra uno de sus lances más emblemáticos: el libro "Revolución y Contra-Revolución", reconstituyendo cada etapa de definiciones, ofrecimientos y luchas, en una epopeya que alimenta la llama de la fe hasta el advenimiento del Reino de María.



Archivo Revista

La idea de escribir *R-CR* me vino de dos circunstancias. Él fue pensado por mí poco a poco, a partir de los primeros choques con la Revolución.

En el primer embate, una decisión beligerante

Cuando me confronté con la Revolución, el choque fue positivo, como resultado de mi fidelidad contra la infidelidad de los otros: "Ellos son así; ahora bien, yo no soy así". Segundo: "Solo yo soy así, todos son diferentes; luego, yo estoy solo." Tercero: "Lucharé para que aquellos a los cuales les sea posible, sean como deben ser, es decir, como soy yo; y aquellos a los cuales eso no les sea posible, sean derrotados. De manera que el mundo sea modelado conforme a este ideal y a este espíritu, que

es el del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María. ¡Para esto yo doy mi vida!"

Esta fue la secuencia de mi primera toma de actitud y, al mismo tiempo, la definición de un aislamiento que antiguamente no existía. Una cruz de soledad amarga, profunda, que duró setenta años, porque esa lucha comenzó cuando yo tenía diez.

El primer choque fue sentir ese aislamiento no solo gigantesco, sino en lucha. No era solamente una posición: "Yo aquí y ellos allá". Sino una determinación: "¡Ellos vienen por encima de mí y yo voy por encima de ellos! Y la actitud está tomada para siempre y, con el auxilio de Nuestra Señora, no mudará, por larga que sea la jornada que yo tenga que vivir."

Después vino otra etapa: la fase analítica. Yo tenía una noción de cuál era el espíritu, la mentalidad y la esencia de aquello que me diferenciaba de los demás y a los demás de mí.

Yo comprendía muy bien, intuitivamente también, pero con mucha firmeza, mucha decisión, que esa lucha tenía que ser, sobre todo, una polémica, y que su artillería era la argumentación. Sin embargo, no bastaba decir, era necesario probar. Tanto más que ellos no tenían ninguna voluntad de concordar. Y era, por lo tanto, de hecho, solo por medio de argumentos buenos, firmes, claros, incisivos, que yo le disputaría el terreno al adversario.



Ton Chaves



Archivo Revista

Ese fue, digamos, el pensamiento más remoto que dio inicio a la elaboración de *R-CR*.

Identificando el unum para la batalla

Por otro lado, a fines de la década de 1950, nosotros éramos aún poco numerosos, nos componíamos de dos, tres o cuatro grupos que se iban juntando con el paso del tiempo y formaban el núcleo inicial de lo que sería, después de algún tiempo, la TFP. Era, por lo tanto, una especie de pre-TFP, que publicaba el periódico *Catolicismo*, el cual se mostraba públicamente con una irradiación bastante considerable, ya era leído más o menos en todos los continentes, entendido y apreciado por mucha gente.

Ahora bien, yo comencé a notar que la siguiente cuestión germinaba en el espíritu de muchos de los jóvenes que me acompañaban en esa primera *démarche*[1]:

"¿Qué quiere, en último análisis, *Catolicismo*? ¡Somos contrarios a tantas cosas! ¿Qué une esas co-



Archivo Revista

El Dr. Plinio con los miembros del Grupo después de un retiro en Tieté, en 1958

sas diferentes? ¿Por qué nos oponemos a una forma de gobierno, a un tipo de escritorio, a un modo de saludar y a cierta combinación de colores? ¿Qué asegura la cohesión entre esas realidades? ¿Son fobias personales suyas, porque su temperamento no va con eso y debemos ir en esa barca? ¿Ud. cree que hay razones suficientes para que hombres de espíritu bien construido se embarquen en esa pluralidad de antagonismos?"

En efecto, atacábamos toda especie de males, de razones de desorganización, de decadencia, de decrepitud del mundo moderno. Pero, al fin de cuentas, ¿teníamos un punto de unidad para todos esos ataques? El Grupo era una especie de golpe general a todo lo que encontráramos en el camino, golpe desordenado, golpe furioso, golpe realmente animado por la fuerza del amor a Dios y a Nuestra Señora, pero, ¿dado a la derecha y a la izquierda, sin mayor discernimiento?

¿Había un *unum* en esa batalla? ¿O era un caos, un caos santo? ¿Un caos sagrado, si quisieren, pero un caos? ¿Puede un caos ser santo? ¿Puede un caos ser sagrado? ¿La santidad y el carácter sagrado no son lo contrario del caos?



Era imperiosamente necesario decir a los que estábamos trabajando juntos qué había de común en tantos frentes de combate en los cuales luchábamos continuamente, pero en los cuales no se percibía el nexo de una cosa con la otra: "Somos tal cosa, condenamos tal otra; ¿qué forma el *unum* de ese movimiento?"

Además, nuestro ostracismo, nuestro exilio, nuestro período de silencio fue más o menos de 1943 a 1959, nada menos que dieciséis años, en los cuales mantuvimos el Grupo obteniendo la adhesión de los que lo componían, en un trabajo de catacumba. Pero, me pareció que era el momento de sacar la cabeza fuera de la catacumba y el primer grito adecuado que podríamos dar era la publicación de *R-CR*, cuyo tema doctrinario e histórico, de gran envergadura, se nos imponía como una oportunidad de sacar la cabeza fuera del agua. Cuál sería el resultado, tampoco lo sabíamos…

Todo el pensamiento ya estaba maduro para lanzar el libro *R-CR*.



El despuntar de un lance profético

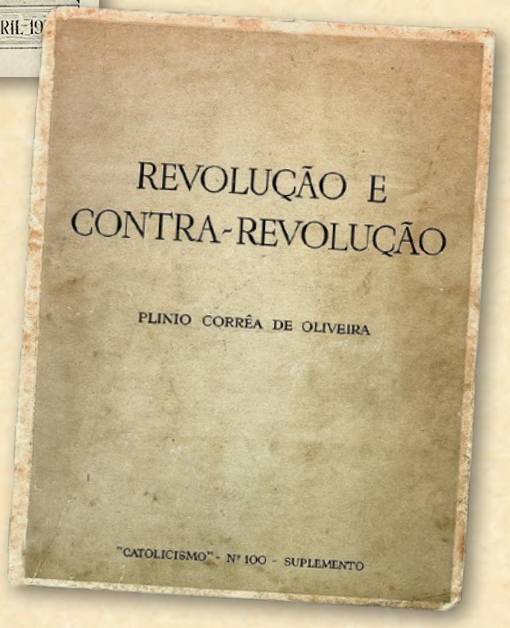
Así, en diciembre de 1958 resolví retirarme de São Paulo –de la vida ya en ese entonces calificada como muy absorbente del Grupo–, durante un número no definido de días, a fin de escribir la obra.

Fui a un hotel de Campinas, localizado cerca de la plaza de la Catedral, que en aquel tiempo era el mejor de la ciudad, para poder hacer allí la redacción. Pocos días después, casi todo el Grupo de la Martim también fue a ese hotel, hospedándose allí durante el período de mi estadía.

Había un salón muy amplio que tomaba, creo yo, todo un piso, con ventanas en dos fachadas diferentes. Mis jóvenes amigos pasaban el día entero en ese salón, ocupando lugares diversos –había varios compartimientos, muchos lugares dónde quedarse y hacia dónde mirar–, jugando unos con otros, riendo, jugando ajedrez y otras cosas, en fin, matando el tiempo como podían.

Yo, por mi parte, me quedaba en un rincón, comenzando a pensar y después a escribir mi trabajo, cuyo nombre me fue facilísimo de encontrar, una vez atinado el elemento dominante: la Revolución.

Revolución era el nombre del mal que nos traía el caos y los desórdenes, desde el Humanismo y el Renacimiento, a través de la Revolución Francesa y de cuántos otros males, hasta los días en que yo escribía. Yo entendía que el mundo entero era sacudido por una sola Revolución. Que todas esas revoluciones, a las cuales los historiadores dan nombres diversos, eran aspectos de una única Revolución; así siendo, debían tener un aspecto, a su vez, de una actitud errada del espíritu humano en un punto fundamental. Una vez que se comprendiera el error fundamental, se comprendería también toda la secuencia de errores que de ahí vendrían. El trabajo estaba prácticamente hecho.



Entonces escribí con cuidado el libro y lo sometí a la revisión de algunos de mis seguidores, por riesgo de distracciones y lapsos. Al final publicamos el número 100 de *Catolicismo* con *R-CR*, e, inmediatamente después, el libro que todos conocen.

Cuando el libro salió, hice un gran número de dedicatorias para varias personas que yo conocía del ambiente social, universitario y político. Las dejé ya hechas y también la propaganda del libro organizada, con los miembros de la Martim y de la Pará[2].

Ellos debían llevar los libros a las librerías, pedir noticias de los periódicos, y esperaríamos el resultado.

Ahora bien, no teníamos ninguna práctica en el asunto y juzgábamos que, llevando un libro a la librería, preguntándole al librero si lo quería vender, y al aceptar él y mostrar interés, de hecho él lo pondría a la vista de los clientes para la venta. Y como mi nombre ya era bastante conocido, me parecía natural que atrajese a cierto número de compradores. Pero no sabía con seguridad –con la campaña de silencio que se hacía a nuestro respecto– cómo se desarrollarían las cosas.

Viaje inesperado en clima de aprensión

Estaba hecha la micro-distribución de *R-CR* en las principales librerías del centro antiguo de São Paulo –que en aquel tiempo era el único centro de la ciudad–, todo estaba organizado, cuando una circunstancia imprevista me colocó en la contingencia de ir a Europa, aprovechando un pasaje de invitación de cortesía, para la inauguración del vuelo del *Caravelle* de *Air France*.

Yo pensé enseguida en hacer contactos, para lo cual no era conveniente gastar dinero; pero siempre valía la pena aprovechar un viaje gratuito, de veinte o cuarenta días, no me acuerdo bien; era un plazo exiguo, el avión me traería de regreso a São Paulo.

Fue un viaje en el cual se inició el tumulto de las pruebas.

El avión de lujo era propiamente de París a Roma, no de São Paulo a París. Hasta hoy no sé en qué es diferente el *Caravelle* de otro avión; entré en él sin siquiera tener curiosidad de saber qué era. Esos pasajes de cortesía son siempre de primera clase, y como el mundo era más civilizado en aquel tiempo de lo que es hoy, la comida era muy buena, los auxiliares de vuelo muy atentos, el trato, muy cortés.

Entré con el avión repleto, y fui colocado como una sardina exprimida entre otros dos pasajeros, que tenían manía de ventilación. No sé qué hay en mi salud porque, aunque en aquel tiempo yo era mucho más joven, el aire acondicionado que cae directo en el rostro me resfría.

Resultado: hice una maniobra para que disminuyesen el aire y no lo conseguí; llegué a París agripadísimo. Estaba acompañado de otro miembro del Grupo, fuimos a ver la Catedral de Notre Dame, cenamos y fui a la cama.

Al día siguiente, toca el timbre:

—¿Qué pasa?

—La Compañía *Air France* envía un médico para examinarlo, porque el punto terminal de su viaje es Roma, y hay mucha gente que acepta este viaje para quedarse en París y no usa el pasaje hasta el destino final. Si es así, le cobramos el viaje de Brasil hasta aquí. Entonces vine a ver si, de hecho, Ud. está enfermo o no.

Me dejé examinar pacientemente por el médico del hotel. No era difícil, era solo poner un termómetro y ver que yo estaba con fiebre. De hecho, él me tomó la temperatura, estaba con 38 grados y tanto, no era muy grave, pero en todo caso, tenía que permanecer en reposo.

Finalmente, solo estuve mejor el mismo día que se partía a Roma, de manera que casi no vi París. Al llegar a Roma, cené en un buen restauran-



Archivo Revista


Tangopaso(CC3.0)

El Dr. Plinio desembarcando del vuelo de Air France, en 1959. Al lado, Aeropuerto de Orly, París, en la década de 1960



Library of Congress (Washington DC, USA)

Basílica de San Pedro, Vaticano, en la década de 1960



Evzen Policer(CC3.0)

Mons. Agostino Casaroli

te y fui a un hotel excelente patrocinado por *Air France* a disposición de los pasajeros.

Una penosa prueba más

En Roma, me levanto una mañana sin movimiento en las piernas; yo podía moverme, pero con dolores lancinantes. Era una forma de reumatismo, llamada de modo prosaico de lumbago. Tenía de vez en cuando accesos de eso, y pasé casi todos los días de la estadía en Roma acostado en la cama, sin poder ni siquiera moverme de un lado para otro.

Después de dos o tres días, pude salir para hacer algunos contactos. El último día fue el maratón más temible. Dada mi situación en el Movimiento Católico de entonces, me quedaba mal ir a Roma y no hacer una visita al Cardenal Secretario de Estado y al encargado de los asuntos brasileños en la Secretaría de Estado de la Santa Sede, quien era amigo mío, Mons. Valentini[3]. Ahora bien, este último se había ido de vacaciones a los Apeninos.

Como yo regresaba al día siguiente a Brasil, conseguí un encuentro con el famoso Mons. Casaroli[4], posteriormente representante de Pablo VI ante las naciones comunistas.

Después embarqué a París, para desde allá tomar un avión de regreso a Rio de Janeiro.

Boicot completo contra la publicación de R-CR

Cuando el avión llegó, yo estaba ansioso de noticias de la propaganda de *R-CR*. Me encuentro con tres miembros de nuestro movimiento que habían ido de São Paulo a esperarme en el aeropuerto de Río.

Primeros saludos y primera pregunta: "¿Qué noticias tienen de *R-CR*?" Uno se mantuvo en silencio, otro tomó una actitud un poco neutral, y el tercero, con mucho tacto y mucha gentileza, dijo: "Mire, hubo un éxito relativo. No tuvo un gran resultado, no llamó la atención; las respuestas y los agradecimientos a sus dedicatorias fueron muy pocos, todo el mundo sacó el cuerpo. Cuando lleguemos a São Paulo conversaremos mejor…"

Llego a São Paulo y ellos me informan las cosas correctamente. ¿Qué había pasado? Todos los periódicos boicotearon, no publicaron ninguna noticia de *R-CR*; las librerías también boicotearon, algunas se negaban y otras, que decían venderlo, lo dejaban en un rincón, y a uno u otro amigo que pasaba para saber del libro, le decían que no lo tenían.

De manera que era un boicot completo, evidente, lo cual explicaba que tanta gente no hubiese respondido mis dedicatorias.

El resultado fue pilas de *R-CR* acumuladas y, para el Grupo, una especie de presión contraria: la idea de que no servía de nada hacer propaganda, que el mundo de hoy era hostil, que no valía la pena la publicación, y que el destino de los ultramontanos era vivir trancados dentro de un capullo, sin incomodarse con nada.

Fue una implosión, cuando yo esperaba una explosión; fue una catástrofe, no había nada más que hacer. Nuestra propaganda, nuestra primera campaña para salir del ostracismo no podía terminar más melancólica de lo que tuvo *R-CR*.

Días después, fui a Santos a descansar del viaje a Europa… Cuando

estaba allá, comenzaron a llegar las primeras noticias de una de las mayores campañas publicitarias contra nosotros que hubo en nuestra historia. ¡Por lo tanto, *R-CR* salió a la luz bajo el signo de una tempestad tremenda!

Con un desarrollo lento, la obra florece

¿*R-CR* se desarrolló? Muy lentamente. A medida que el movimiento del *Catolicismo* se fue desarrollando, él también lo fue y, poco a poco, fueron surgiendo otras ediciones, y otras más, y el ave comenzó, por fin, a alzar vuelo.

Además del gran número de ejemplares, lo principal de *R-CR* fueron dos puntos, uno muy esperado por mí, otro totalmente inesperado.

Lo esperado fue mi certeza de que, al crecer el Grupo, sería indispensable que todos los miembros leyeran *R-CR*, porque así entenderían mejor el ideal, De lo contrario, parecería un *pasticcio*[5] de tomas de posición sin coordinación y nadie sabría, al final, qué era ese torbellino de condenaciones y de aprobaciones que lanzábamos a cualquier propósito.

Aun así, al inicio, *R-CR* encontró dificultades, porque los grupos en el exterior no habían nacido en ese tiempo y, como el brasileño es muy intuitivo, no tenían necesidad de leerlo para conocer ese nexo. Ellos no sabían explicitar, pero intuían. Nuestro pueblo no es un gran consumidor de libros; es un pueblo en el cual las farmacias son mucho más numerosas que las librerías…

R-CR comenzó a ser leído cuando el Grupo se desarrolló, y de una canoa pasó a ser un navío. Así, incluso los antiguos que no lo habían leído, se juzgaron en el caso y en la necesidad de hacerlo. Fue entonces cuando *R-CR* comenzó a hacer en el Grupo todo el beneficio que podía hacer. Hoy, gracias a Nuestra Señora, es conocido como un pilar para nosotros.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1989

Difusión inesperada en el sur de Italia

Enteramente inesperado para mí fue el resultado que el libro tuvo en la región del sur de Italia: Palermo, Nápoles, etc. Un editor del norte de Italia, el Sr. Giovanni Cantoni[6], lanzó una edición del libro por medio de su editora, *Alleanza Cattolica*[7], y lo difundió por toda Italia. Tuvo una buena repercusión, pero, sobre todo fue muy leído en el sur. Me contaba él que allí, por iniciativa de ellos mismos, era frecuente encontrar en las librerías el libro a la venta.

Hace unos siete u ocho años –vean cuánto tiempo pasó[8]– fui a una consulta con un médico aquí en São Paulo, que me dijo:

— ¡Oh! ¿Ud. es el Dr. Plinio…? ¡Pero qué gusto en conocerlo!

— ¡Ah! ¡Y yo también a Ud.!

Él tenía el nombre de una de esas ciudades del sur de Italia, por lo que percibí que tenía origen italiano. Me dijo:

— ¿Sabe que Ud. es conocidísimo en el sur de Italia?

Yo le dije:

— Pero, ¿cómo pudo Ud. tener conocimiento de eso?

Me contó:

— Yo estaba viajando en tren rumbo a una ciudad del sur; no estaba leyendo, miraba el paisaje, y un hombre sentado al frente mío comenzó a conversar conmigo, me preguntó de qué país era yo, a lo cual le respondí que era de Brasil. Él me preguntó: "¿Ud. conoce al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira?"

Él dijo que no, o que me conocía por el nombre, porque de hecho no nos conocíamos.

— Pues vea, ¡sepa que yo soy un gran admirador de él!

Después, paseando por la ciudad de Nápoles, el médico llegó a ver

realmente la propaganda de mi libro.

Para ver cómo a veces el resultado nace dentro de una cascada de desastres. Y, por tanto, no podemos perder la confianza dentro del desastre de ningún modo, sea como sea, cueste lo que cueste. Sobre todo, no dejemos de confiar. Confiar, confiar, confiar contra todos los vientos y todas las mareas, porque Nuestra Señora hará que la obra llegue a su puerto.

"¡Feliz el momento en que resolví escribir R-CR!"

¿Cuándo podría yo imaginar, en aquel tiempo, que habría en América del Norte una TFP magnífica y pujante como la que tenemos? ¿Y que saldría una edición en inglés con mucha más salida en los Estados Unidos que en Inglaterra, donde tuvo alguna salida?

¿Cuándo podría yo imaginar que esas ediciones iban a difundirse por América entera, desde Canadá hasta Chile, y así por delante? Todo el movimiento de expansión de la TFP fuera de Brasil se hizo con base en *R-CR*, porque son pueblos habituados a la lectura, de donde resulta un acto de adhesión consciente, serio, reflexivo: "Yo también pienso así, somos uno, andemos juntos." Ese es el papel de *R-CR*.

Él también me sirvió de punto de partida para otros libros numerosos, porque, en casi todos los otros escritos por mí, se puede encontrar este o aquel reflejo de *R-CR*. Por lo tanto, en lo que dice respecto a mi colaboración para la obra de conjunto intelectual de la TFP, *R-CR* es el germen, es la semilla.

¡Feliz el momento en que resolví escribir *R-CR*!



Archivo Revista



El Sr. Giovanni Cantoni en visita al Dr. Plinio, en 1972. Al lado, edición italiana de Revolución y Contra-Revolución

Un espíritu que será dado por un soplo de la gracia

El espíritu de *R-CR* en toda su candencia, con todo cuanto tiene de ígneo, de fuego, es un elemento de los más importantes que debemos tener. De tal manera que, en cada miembro del Grupo, en todo cuanto haga, en todo cuanto diga, en todo cuanto sea, reluzcan en él con una intensidad muy grande, tres obras, desiguales, a propósito:

La obra angélica, el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis Grignion de Montfort. La obra terrena, humana, *R-CR*, y una tercera indispensable y muy santa, *El alma de todo apostolado*, de Dom Chautard.

Juntando esas tres obras, se tiene el *substratum* del espíritu de la Contra-Revolución, donde nos aparecerá claramente que la Contra-Revolución es la solución. ❖

---

1) Del francés: proceso.

2) Calles de São Paulo donde había sedes del movimiento fundado por el Dr. Plinio.

3) Luigi Valentini.

4) Agostino Casaroli (*1914 - †1998).

5) Del italiano: desorden.

6) Escritor, traductor y apologeta italiano (*1938 - †2020).

7) Asociación de laicos fundada en 1960 por Giovanni Cantoni.

8) Hecho narrado por el Dr. Plinio en abril de 1989.

Santoral



Fotos: Flávio Lourenço

San Roberto de Molesmes

1. Miércoles Santo.

San Celso, obispo (+1129). Tenía veinticinco años cuando fue nombrado arzobispo de Armagh, Irlanda, sede episcopal que rigió con diligencia. Además, promovió la restauración de la disciplina eclesiástica.

2. Jueves Santo.

San Francisco de Paula, eremita (+1507). Fundador de la Orden de los Mínimos.

San Abundio, obispo (+468).

3. Viernes Santo.

Beato Juan de Jesús y María (Juan Otazua y Madariaga), mártir (+1937). Presbítero de la Orden de la Santísima Trinidad, martirizado en Mancha Real, España, durante la persecución religiosa.

4. Sábado Santo.

San Isidoro de Sevilla, obispo y Doctor de la Iglesia (+636).

San Platón, hegúmeno (+814). Durante varios años, combatió a los opositores del culto a las imágenes. Fue residente, junto con su sobrino Teodosio Estudia, en el célebre monasterio de Studion.

5. Domingo de Pascua.

San Vicente Ferrer, presbítero (+1419).

Santa Irene, virgen y mártir (+304). Desobedeció el edicto de Diocleciano, ocultando los libros sagrados, motivo por el cual el prefecto Dulcecio, que ya había martirizado a sus hermanas Ágape y Quionia, la sentenció a morir siendo quemada.

6. Octava de Pascua.

Santa Gala (+s. VI). Hija del cónsul Símaco. Ya viuda, durante muchos años se consagró a la oración y la limosna, los ayunos y otras obras santas, junto a la Iglesia de San Pedro, en Roma. Su gloriosa muerte es descrita bellamente por San Gregorio Magno.

Beato Miguel Rua, presbítero (+1910). Discípulo de San Juan Bosco, insigne propagador de la Sociedad Salesiana.

7. Octava de Pascua.

San Juan Bautista la Salle, presbítero (+1719). Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, patrono universal de todos los educadores cristianos.

8. Octava de Pascua

Santa Julia Billiart, virgen (+1816). Fundó en Namur, Bélgica, la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur, con la finalidad de asegurar la educación de las jóvenes y propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

9. Octava de Pascua

Santa Valdetrudis, madre de familia (+688). Hermana de santa Aldegundis, esposa de san Vicente Madelgario, padres de cuatro santos. Emulando a su esposo, se consagró a Dios, tomó el hábito en un cenobio fundado por ella misma.

Beata Lindalva Justo Oliveira, virgen y mártir (+1993). Religiosa de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en El Salvador, Bahía en Brasil.

10. Octava de Pascua

Beato Bonifacio Zukowski, presbítero y mártir (+1942). Miembro de la Orden de los Frailes Menores Conventuales. Durante la guerra fue confinado al campo de concentración nazi de Dachau en Alemania, donde murió, extenuado por las torturas sufridas a causa de la Fe, consumándose así su martirio.

11. Octava de Pascua

San Estanislao de Cracovia, obispo y mártir (+1079).

San Isaac, monje (+550). Originario de Siria, fundador del monasterio de Monteluco, en Espoleto, Umbría, región italiana; es San Gregorio Magno que menciona sus virtudes.

12. II Domingo de Pascua o Divina Misericordia

Santa Vísia, virgen y mártir (fecha inc.).

Beato Lorenzo, presbítero (+s. XIV). De la Orden de San Jerónimo, muchos penitentes lo procuraban, a causa de su insigne piedad.

13. San Martín I, Papa y mártir (+656).

San Hermenegildo, mártir (+586). Hijo del rey arriano Leovigildo. Fue convertido a la fe cristiana por obra de San Leandro. Encarcelado, rechazó recibir la santa comunión de manos de un obispo arriano, un domingo de la solemnidad de la Pascua. El rey, su padre, dio la orden de pasarlo a filo de espada.

14. Beata Isabel (Josefina Calduch Rovira), virgen y mártir (+1936). Religiosa de la Orden de las Clarisas capuchinas, murió durante la persecución contra le fe cristiana, en Cuevas de Vinromá, España.

15. Santos Teodoro y Pausilipo, mártires (117/137). Sufrieron el martirio, según la tradición, en tiempos del emperador Adriano.

16. Santa María Bernarda (Bernadette) Soubirous, virgen (+1879). Vidente de Lourdes.

* Abril *

Beatos Pedro Delépine, Juan Menard y veinticuatro compañeras, mártires (+1794). Eran campesinos católicos, por su fe fueron fusilados durante la Revolución Francesa en Avrillé, Francia.

17. San Roberto de Molesmes, abad (+1111). Fundador incansable de cenobios, insigne restaurador de la disciplina monástica, fundó el monasterio del Cister y fue su primer abad.

18. San Juan Isauro, monje (+842). Discípulo de San Gregorio Decapolita, en tiempos del emperador León "El Armenio", defendió con valor el uso de las sagradas imágenes por parte de los católicos.

Beato Lucas Passi, presbítero (+1866). Fundador de la Congregación de las Hermanas Maestras de Santa Dorotea.

19. III Domingo de Pascua

San Mapálico, mártir (+250). Durante la persecución del emperador Decio, recomendó que a su madre y a su hermana, empujadas a la apostasía bajo torturas, les fuese concedida la paz eclesiástica. Sin embargo, él fue llevado al tribunal y coronado con el martirio.

20. San Viao, obispo (+804). Natural de Frísia, supo soportar por amor a Cristo y en su nombre, muchas tribulaciones. El emperador Carlo Magno, lo envió a evangelizar a los Sajones, después fue obispo de Osnabrük, en Sajonia, actual Alemania.

21. San Alselmo, obispo y Doctor de la Iglesia (+1109).

San Román Adame, presbítero y mártir (+1927). Durante la persecución contra la Iglesia, por confesar la fe en Cristo Rey, sufrió el martirio en Nochistlán, territorio de Guadalajara, México.

22. Beato Francisco Venimbéni, presbítero (+1322). Pertenecía a la Orden de los Menores, eximio predicador de la palabra de Dios.

23. San Jorge, mártir (+s. IV).

Beato Egídio de Asís, religioso (+1262). Compañero de san Francisco de Asís, se destacó por tener una fe intrépida y gran simplicidad.

24. San Melito, obispo (+624). El papa San Gregorio Magno, lo envió a Inglaterra con el cargo de abad, San Agustín de Canterbury lo consagró y envió a evangelizar la zona de Londres. Posteriormente se convirtió en Arzobispo de Canterbury.

25. San Marcos, Evangelista (+s. I).

San Aniano, obispo (+67). Al octavo año de ser emperador Nerón, es el primer obispo de Alejandría, comunidad que dirigió durante veintidós años.

26. IV Domingo de Pascua. Buen Pastor

Beato Estanislao Kubista, presbítero y mártir (+1942). Miembro de la Sociedad del Verbo Divino, vivió la ocupación militar de Polonia, por un régimen hostil a la religión, fue hecho prisionero y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen, próximo de Berlín, lugar donde entregó su alma a Dios, después de padecer graves tormentos.

27. San Polión, lector y mártir (+c. 303). Tomado preso en la persecución del emperador Diocleciano e interrogado por el prefecto Probo, confesó la fe en Cristo y rechazó sacrificar a los ídolos, entonces lo condenaron a morir en la hoguera.

San Pedro Armengol, religioso (+1304).

28. San Luis María Grigñon de Montfort, presbítero y "Misionero Apostólico" (+1716). Inicialmente formó parte de la Fraternidad sacerdotal dominicana, fundador de la Compañía de María y de las Hijas de la Sabiduría.

Beata María Luisa de Jesús Trichet, virgen (+1759). Primera religiosa en vestir el hábito de la Congregación de las hijas de la Sabiduría, la cual gobernó con gran prudencia.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia (+1380).

San Antonio Kim Song-u, padre de familia y mártir (+1841). Católico, natural de Corea, acostumbraba reunir en su casa numerosas personas para orar, animándolas en su fe verdadera y a perseverar en medio de la persecución contra el cristianismo, finalmente lo detuvieron y estrangularon en la cárcel de Tangkogae, en Seúl, Corea.

30. San Pío V, Papa (+1572).

Beato Benito de Urbino, presbítero (+1625). Compañero de San Lorenzo de Brindis en la predicación contra husitas y luteranos.



San Abundio

Tangopaso(CC3.0)

La Revolución tendencial: una mentalidad, no una doctrina



Escena de la corte de Carlomagno
Museo del Louvre, París

Al analizar el proceso histórico del avance progresivo de la Revolución, se observa que la acción en las tendencias desempeña un papel primordial: sin adoctrinamiento, el primer paso solo requiere una falta de compenetración del estado de lucha de la vida, seguida de una amenización y relajación de los principios, y luego una falta de certeza que oscurece la luz primordial. Poco a poco, la humanidad se hunde en el abismo.

La decadencia de la Edad Media se produjo por una crisis de mentalidad causada por la sensualidad. Se trata de un clima moral provocado por este mal1.

Los elementos de la nueva mentalidad

Los efectos de la sensualidad tienen sus raíces en el siglo XIV, cuando comienza a observarse una profunda transformación de la mentalidad en la Europa cristiana, que, a lo largo del siglo XV, se acentúa cada vez más en Occidente.

Es importante señalar que el término "mentalidad" se usó de forma muy deliberada. No se trata de una doctrina, porque doctrina y mentalidad difieren. Me refiero más propiamente a un estado de espíritu, a una mentalidad, y no a una doctrina. Esa mentalidad nace de forma confusa, pero, a medida que crece, se va volviendo más clara. Se trata de transformaciones que pasan por un proceso de nitidez. Y ésa es una de las reglas del *proceso*.

Los elementos de esta mentalidad son, inicialmente, un apetito por los placeres terrenales, que tiende a transformarse en ansia. Es un apetito consentido que, al convertirse en ansia, tiene manifestaciones más claras que las del simple apetito. En segundo lugar, viene la necesidad de diversiones que tienden a volverse más complicadas, más suntuosas, más frecuentes, con reflejos en la vestimenta, en las costumbres, en el lenguaje, la literatura, el arte y en una vida llena de deleites y fantasías de los sentidos, provocando la sensualidad y languidez sentimental, la decadencia de la austeridad y de la seriedad, la manía de hacer que todo sea risueño, gracioso y festivo. Los corazones se desprenden gradualmente del amor al sacrificio; es la caballería que se vuelve amorosa, la literatura que se refleja en esto y, en consecuencia, el exceso del lujo y la avidez por el lucro.



R.M.N. / R.-G. Ojeda (CC3.0)

Todo esto es característico no de una doctrina, sino de una mentalidad. La doctrina le sigue a ello.

Del ámbito filosófico y religioso al político

Tras emplear el término mentalidad, describo un clima moral.

Mentalidad y clima moral son conceptos muy relacionados que se complementan. Entonces, no solo prevalece la sensualidad, sino también la vanidad y el orgullo, que penetran más directamente en el ámbito de los principios y de la doctrina. Se trata de disputas ostentosas y vacías, exhibiciones fatuas de erudición y viejas tendencias filosóficas que renacen.

Lo que ocurre en el ámbito de las doctrinas de carácter filosófico y religioso, también penetra en el ámbito político, a través de una nueva doctrina: el absolutismo. Ya no se trata sólo de la vanidad de los legistas por conocer el Derecho Romano, de estar muy en la onda de la cultura de Roma y querer imitarla; ahora también está vivo el orgullo de los reyes, que querían dominar mediante el absolutismo.

I

Historia del desencadenamiento de la Revolución Tendencial



¿Cuál fue el origen de la Revolución? ¿Cuál fue el punto de transición entre la era en la que no había Revolución y la era revolucionaria?

Desde cierto punto de vista, la historia de Europa tiene dos períodos. Al principio, una mezcla de pueblos latinos y germánicos, bautizados y cristianizados, vivió en condiciones extremadamente difíciles, con una supervivencia muy dudosa, amenazada por enemigos de todo tipo. En un segundo período, Europa se consolida, derrota a sus adversarios y comienza a expandirse, alcanzando su apogeo en el siglo XIX, con el dominio de casi todo el mundo, a través de su colonialismo.

Entre amenazas y peligros, impera Carlomagno

Reportémonos a la Europa de Carlomagno o, poco después, de la del siglo IX. Los árabes, dominando España, constituían un peligro permanente junto a los Pirineos; los sarracenos, haciendo invasiones en el sur de Francia e Italia, someten todo el litoral mediterráneo del imperio de Carlomagno a innumerables pruebas; en Alemania, los germanos; y, por el mar, los normandos, que atravesaron Francia por las vías fluviales y, avanzando hacia el Mediterráneo, llegaron hasta Sicilia y Constantinopla, donde incendiaron parte de la ciudad.

En uno de los famosos leones de San Marcos, que era de Bizancio y hoy se encuentra en Venecia, hay inscripciones que permanecieron indescifrables hasta que se conocieron los caracteres normandos. Estos, al llegar a Atenas, escribieron insultos en el dorso y los costados de los leones. Por estos hechos, que muestran bien la penetración normanda, se tiene una idea de su enorme peligro.

Carlomagno, que nos parece haber reinado en paz con su poder, tuvo, por el contrario, una vida llena de aventuras.

Los pueblos opresores se convierten o decaen por sí mismos

Este destino, lleno de tribulaciones para Europa, se mantuvo hasta el siglo XIII, cuando, podemos decir, alcanzó la victoria. Pero, ¿en qué sentido? Los árabes no fueron expulsados de España hasta el siglo XV, sin embargo, su influencia decadente es una señal evidente de que no vencerían.

Por otro lado, los germanos se han convertido; los húngaros, que en otro tiempo constituyeron un gran peligro, también abrazaron la religión católica; los prusianos y lituanos, que también fueron peligrosos y contra los que habían combatido los caballeros de la Orden Teutónica, están en vías de con-

versión; los normandos, mezclándose, se confundieron con otros pueblos, entraron en Inglaterra y ya no representan ningún peligro.



Mr Arthur Burton / Kunstauktionshaus Schloss Ahlden (CC3.0)

Aurora de una era triunfal

La sensación en Europa es que ella domina completamente la situación. Comienza entonces a surgir un estado moral y social victorioso, la llamada atmósfera imperial o triunfal de la Edad Media. Nuestro Señor Jesucristo pasa a ser presentado en las catedrales no solo como un mártir crucificado y sufriente, sino como un Rey lleno de gloria; y, en la liturgia, la afirmación de su triunfo por todos los siglos, en el mundo, adquiere una enorme importancia.

Acompañando esta idea, venía, muy justificadamente, la del triunfo de los cristianos y, por detrás de ella, la concepción de que para siempre el poder de Jesucristo estaba afianzado en la Tierra. El más glorioso y civilizado de los continentes era cristiano. Se había abierto un reino de paz en la Tierra y las promesas del Evangelio se iban a realizar con el triunfo de la cristiandad.

Ahora bien, para la transición que se iba a producir, hay que señalar que el hombre medieval sentía perfectamente el triunfo que esa pujanza daría. No olvidemos que después vino la caída de Granada, el descubrimiento de América y su repoblación; vino la formación del Imperio Colonial Portugués y el dominio de Oriente. Se estaba, entonces, en los preludios de una era de prodigiosa expansión europea. Ellos lo sentían, y el ambiente era de gran esperanza, de gran expectativa, de gran alegría.

Una vida ardua que engendra almas santas

Sin embargo, sucedió que un movimiento, aún poco estudiado, hizo aparecer, muchos santos, a comienzos de la Edad Media. ¿Cómo es que, tras la podredumbre romana y la efervescencia bárbara, en la época de Clodoveo, aparecieron al mismo tiempo una Santa Clotilde, un San Remigio, un San Gastón, un San Gregorio de Tours y tantos otros, y fueron el punto de partida para la conversión de la Edad Media?



Pouazity3 (CC3.0)

En la base de este movimiento, debió de haber una familia de almas, una especie de ciclo de santidad, que fundó la Edad Media. Este ciclo se desarrolló bajo el signo de la lucha: era la Iglesia perseguida y amenazada; cada hombre estaba obligado a luchar contra el enemigo externo y contra el enemigo interno, la herejía; había luchas entre unos y otros, por la costumbre de las guerras bárbaras feudales que aún estaban muy presentes. En fin, todos vivían arduamente.

Aflojamiento de la práctica de la virtud

Al mismo tiempo que se perfila este triunfo europeo, las costumbres se van mitigando, las guerras privadas se vuelven menos numerosas, comienza una era de dulzura y suavidad. Entonces, es en ese momento, cuando los católicos comienzan a relajar su modo de vida. Y es en esta descompresión cuando se verifica un fenómeno que parece legítimo, lícito.


Francisco Pradilla(CC3.0)

Rendición de Granada - Senado de España

El hombre medieval comienza a organizar su vida, en la que el placer tiene un cierto papel. En la vida social, se empiezan a celebrar fiestas más numerosas y brillantes; las canciones populares se vuelven más alegres y joviales, ya no solamente guerreras; la producción artística es más risueña. Y el suavizarse de las costumbres, continúa hasta los siglos XIII y XIV.

Luego surgen fenómenos más complejos y comienza la decadencia. Podemos hacer un historial de este declive si nos remitimos a algunos principios que se explican a continuación.

Una crisis gravísima, originada de modo discreto

Nada de extremo, ni en el sentido del bien ni en el del mal, se hace de forma repentina. Ahora bien, tras el paso descrito anteriormente, Europa se sumerge en una crisis gravísima que no puede haber aparecido de repente. Tuvo unos arranques muy discretos antes de volverse tan grave. He aquí un principio de la vida espiritual del que no podemos abstraer.

Los mismos principios que se aplican a la vida espiritual de los individuos se aplican a los problemas de la vida espiritual de los pueblos. Podríamos hablar, colectivamente, de pasiones, libre albedrío, ascesis, en las tres vías de la vida espiritual, purgativa, iluminativa e incluso unitiva. Por lo tanto, tenemos derecho a hacer un análisis histórico basado en los principios de la vida espiritual aplicados a los pueblos.

Para saber si un conjunto de hechos históricos está descifrado, hay un método excelente. Se trata de aplicar un código a lo que es enigmático. Si la clave da sentido a todo, significará que los hechos están descifrados. Ahora bien, con los principios de la vida espiritual es posible construir una hipótesis lógica sobre la caída de la Edad Media; los aplicaremos y veremos cómo se explican los hechos.

Dejemos un poco de lado la Edad Media y consideremos los problemas de la vida espiritual en un hombre.

Ocasiones propicias para la práctica del bien o del mal

Sabemos que cada condición de vida tiene algo que, al menos de manera accidental, favorece el bien y también da ocasión al mal. Recíprocamente, las mejores condiciones de vida tienen algo que también da ocasión al mal.

Examinemos a un criminal que vive en pésimas condiciones, un hombre que hace el mal por definición. Pero su vida le da la oportunidad de practicar algunas acciones, como el coraje, que, aunque no es una virtud, tiene algún aspecto de virtud.

Por el contrario, en la más santa de las vidas, la de un religioso en estado de santidad, hay ciertas ocasiones propicias para el mal.

Es evidente la solidaridad que existe entre todas las virtudes y entre todos los vicios. Cuando el hombre progresa en una virtud, progresa en todas; cuando progresa en un vicio, progresa en todos.

Una conversión a medias y una verdadera conversión

Imaginemos la historia de la regeneración de un bandido, de un gánster americano que sea el peor que se pueda concebir. Tiene cierto amor por el riesgo, por la lucha y por el futuro incierto, y puede incluso tener cierta piedad, sin ser, naturalmente, la verdadera. Es el caso de François Villon[1], que escribió una balada a Nuestra Señora, y también es el caso de Bocage[2]. No se puede decir que en esas actitudes haya verdadera piedad, pero hay algo de eso e incluso de elegancia moral.

Supongamos que este gánster del que hablábamos pasa por un fenómeno de maduración. Empieza a ser sensato y a pasar de la fase mala de ladrón a la fase buena; y entonces piensa que es mucho más razonable la seguridad,


Flávio Lourenço

Consagración episcopal de San Remigio
Museo de San Remigio, Reims, Francia

el verdadero bien de la vida, después la abundancia y, por último, el descanso. Deja su vida de aventuras y se hace cartero en una ciudad del interior muy tranquila. Se convierte en un hombre honesto, lleva sus cuentas con mucho criterio, vive como un burgués. Se regeneró, porque no le pareció buen cálculo ser un bandido.

Con esta conversión a medias, abandona sus defectos de ladrón, pero también pierde algunas cualidades. Se debilita. De generoso que era, se vuelve avaro y se hace poco elegante. Puede llegar a ser piadoso y, aunque parezca increíble, puede incluso alcanzar el estado de gracia. Pero nunca compondrá una balada a Nuestra Señora. Su piedad puede haber echado raíces, pero ya no tendrá ese empuje, ese fuego. Entre muchas otras, esta es una de las evoluciones posibles.

Si fuera una verdadera conversión, esta transformación sería bien diferente. El ladrón regenerado nunca pasaría de un egoísmo a otro. Por el contrario, debería pasar del egoísmo a la búsqueda del Absoluto, a una actitud de humildad ante Dios y a una verdadera abnegación. Entonces sí, sería un hombre que sumaría a su progreso moral las virtudes de un nuevo estado, y las cualidades de antaño, pasarían a ser virtudes auténticas. Sería su camino hacia la santificación.

A los medievales les faltó la compenetración de la vida de lucha...

En la Edad Media se produjo un fenómeno similar y muy importante para nuestra meditación, porque podría volver a repetirse en el Reinado de María, en el momento del triunfo sobre los enemigos de la Iglesia.

En la Edad Media, les faltó a los católicos de fe muy intensa y gran espíritu de sacrificio algo muy profundo: aceptaban la cruz y la llevaban con



R.M.N. / R.-G. Ojeda (CC3.0)

garbo, pero no estaban compenetrados de manera consciente y explícita, de que la cruz no era solo una contingencia irremediable debido a las arduas circunstancias de la existencia que no conseguían remover; faltó la compenetración de que la vida trabajosa y difícil de la Cristiandad era inevitable, no porque existieran moros, paganos y enemigos de otra índole, sino porque la vida del católico, tras el pecado original, es penosa en su misma esencia y discurre sobre un camino falso cuando no es ardua. Una vez cesadas las pruebas, deberían haber entrado en la nueva vida con un verdadero pánico a perder el amor a la Cruz y el sentido del sacrificio.

... y la desconfianza del abuso de la victoria

Se trataba de organizarse dentro de la victoria con un temor, mayor aún que cuando estaban en la lucha, dándose cuenta de que tendrían dificultades mucho mayores para perseverar en el período de descompresión que en el de la prueba. Ese debería haber sido el tema que resonara en los púlpitos, y que en los confesionarios apretaran las clavijas, para que todas las personas responsables de la vida espiritual de la sociedad cristiana manifestasen con insistencia que el peligro llega con la victoria. Es esa la hora de arrancar las fibras del alma. Ganar la victoria después de haber vencido la guerra, en circunstancias como estas, es el gran problema.

En todo lo que hemos hojeado sobre los siglos XIII y XIV, no encontramos nada que indicara el temor al abuso de la victoria; no encontramos la idea explícita de que, en ese momento, hay que tener cuidado redoblado. La vida del católico es una lucha perpetua y, si no hay lucha, se retrocede. La ausencia de lucha es señal de que la derrota ha comenzado.

De una fase equilibrada a la acentuación de los placeres

De esa primera fase en la que la Edad Media se revela aún ponderada y equilibrada, pasamos a una época en la que los placeres se van acentuando. Siguen siendo honestos, legítimos e incluso equilibrados. Sin embargo, hay una sed de placer que se va acentuando progresivamente. En una tercera etapa, observamos que todo el cuerpo social de la Edad Media ya se ha deteriorado. Y una especie de estado febril, de agitación y de delirio ya define bien el siglo XV, haciendo que muchas personas de la época pensaran que el mundo iba a acabar.

Entonces, un San Vicente Ferrer recorría Europa predicando el fin del


Quinto Cenni (CC3.0)

mundo, hasta el punto de ser considerado el ángel previsto en el Apocalipsis, cuya finalidad era recorrer la Tierra anunciando la catástrofe. Si no era el fin del mundo, tal vez fuera el principio del fin. Maquiavelo[3] decía que estábamos en la última hora; los macabros dibujos de Durero[4] ilustran bien estas aprensiones; en fin, hay toda una atmósfera que se vuelve aún más densa y que presagia algo horrible que iba a suceder.

La causa de la decadencia fue el relajamiento y no la deliberación de practicar el mal

Se observa, entonces, el paso sucesivo de un apogeo a un estado de decadencia. El punto de partida fue la falta de cuidado, la falta de prevención. Una actitud despreocupada de la Cristiandad medieval fue la causa de la decadencia, caracterizada por una confianza excesiva en sí misma, al juzgar que en la propia sociedad medieval había raíces y bases de virtudes suficientes para eliminar cualquier preocupación.

Ni siquiera se puede afirmar que hubiera mala intención en esa actitud. Se trataba solo de un relajamiento y no de una deliberación para practicar el mal. En esta fase de aflojamiento del modo de vivir, la Edad Media nos impresiona incluso por lo que tiene de templanza, de digno y noble, incluso en sus placeres.

Cabe señalar que esto no es una afirmación, no es una tesis acompañada de documentos, sino una hipótesis basada en algunos conocimientos. Pero, cuando formulamos esta hipótesis, los hechos se alinean de tal manera que todo se vuelve claro. Siendo así, los acontecimientos quedan *arquitectónicamente* explicados.

Es necesario tener en cuenta que esto no se refiere a desviaciones existentes, más o menos excepcionales, aunque profundas. Encontramos en la Edad Media fenómenos marginales, como las herejías, pero que no son la Edad Media; casos de satanismo, pero que no son la Edad Media; un emperador que es incluso arabizante y "musulmanizante", pero eso tampoco es la Edad Media. Es la enfermedad de todo el cuerpo social lo que estoy tratando de describir y no solo ciertas llagas.

En la esencia de la santificación está el deseo de la lucha y de la cruz

Esto interesa mucho a los contrarrevolucionarios, sobre todo teniendo en vista el Reinado del Inmaculado Corazón de María según su promesa en Fátima: "Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará". Si nos fuera dado el sobrevivir hasta esta nueva Edad Media, solo seremos dignos de actuar en ella si enseñamos a nuestros sucesores cómo comenzó la decadencia, y que, si no se tiene un cuidado extraordinario para conservar un verdadero amor a la Cruz y un verdadero sentido de la lucha y del sufrimiento dentro de las nuevas condiciones, se romperá de nuevo el equilibrio de la sociedad católica.

Estos principios son tan verdaderos que se aplican incluso a los fenómenos de la vida espiritual de los contrarrevolucionarios de hoy. Debido a que casi todos los ambientes actualmente están, unos más otros menos, impregnados del espíritu revolucionario, cuando un alma, al convertirse, se vuelve contrarrevolucionaria, entra en una fase de luchas y enormes pruebas. Son batallas, luchas, disputas con compañeros de infancia y antiguos amigos.

Después, hay una segunda fase, de estabilización, en la que todo se vuelve menos arduo y más fácil. Esa es la fase peligrosa. No hay que temer tanto las luchas de la conversión sino las batallas de la segunda fase, porque es ahí donde surge la tentación de vivir sin preocupaciones dentro de la virtud, lo que significa abandonar la virtud y vivir fuera de ella. En la esencia de la santificación está el deseo de lucha y de cruz.

Primera fase de la decadencia: lo agradable que se acentúa

La primera de las varias etapas de la decadencia se caracteriza por lo agradable-bueno que se acentúa demasiado, pero que sigue siendo honesto, noble y equilibrado. Un ejemplo de ello es la vestimenta femenina habitual en la Edad Media. Era lindísima, con hermosos sombreros en forma de cono con velos colgantes, o en forma de capullos, con una corona. Es algo muy noble y bonito, y que también da calma y reposo. Todo el arte medieval da una sensación muy agradable.

Lo agradable encuentra su mejor expresión en el gótico flamígero, pero va invadiendo todos los campos y, en lugar de ser solo algo agradable-bonito para la sala de visitas, pasa a ser la nota dominante en casi todos los ambientes. El gótico en esta fase se vuelve elegante. Ya no es la época de las grandes catedrales, sino de las capillas hechas casi exclusivamente de vidrieras. La piedra ya se utiliza mucho menos.

Todo empeora a partir del momento en que lo agradable se vuelve ilícito y, por lo tanto, inmoral. Lo mismo ocurre en la literatura de Caballería y en otros innumerables ámbitos de la vida medieval.

Las profundidades de esta crisis en los distintos estratos sociales

Para analizar cómo se generalizó la crisis en el cuerpo de la sociedad medieval, es necesario ver las profundidades de esta crisis. Por profundidad entendemos los distintos estratos de esta sociedad; el más bajo, el del pueblo, sería la última profundidad; el más elevado serían las cortes.

Antes de continuar, conviene recordar un principio. Al analizar a alguien, encontramos, sobre todo si se trata de un liberal, varias personalidades conjuntas que entran en una especie de diálogo. Conviven en un mismo hombre el monárquico, el republicano, el católico y el protestante. Quien tiene un antepasado protestante hereda, lo quiera o no, un protestante dentro de sí. Cuando una persona tiene un rasgo hereditario profundamente católico y otro protestante, esta rama tiene como un católico durmiendo dentro de sí y, en el católico, como que un protestante. Es el principio de las diversas personalidades opuestas, que establecen un diálogo interno y que se da en la vida espiritual de un hombre.

Las diversas corrientes de opinión transmiten este principio a la vida espiritual de un país. Brasil, habitado por republicanos, monárquicos, católicos y protestantes, constituye un inmenso cerebro colectivo parecido a los cerebros individuales de muchos.

Una decadencia más acentuada en las clases acomodadas

En la Edad Media, el principio del diálogo interior entre varias personalidades se daba según las clases sociales. Este proceso de deterioración comenzó con los más ricos y poderosos.

El fenómeno es más evidente en las cortes reales e incluso en ciertas cortes principescas tan altas como las cortes de los reyes. Entonces comienza una vida de extravagancia. La metástasis, a modo de cáncer, se extendió a las demás clases sociales. La corte corrompe a la nobleza media que, a su vez, corrompe a la pequeña. La alta burguesía, siempre la primera en corromperse con los reyes, deteriora a la burguesía media y a la pequeña. Este proceso es lento, pero terriblemente eficaz.

Hay períodos, en la Edad Media, en los que se observa con mucha claridad este fenómeno de corrupción en los letrados más elevados, en los aristócratas más altos, en los banqueros e incluso en el clero más alto.



Dliff (CC3.0)

Vidriera de la Catedral de York (estilo flamígero) - Inglaterra



II

Factores de expansión de la Revolución Tendencial

Los centros naturales de resistencia

Existen, sin embargo, corrientes de opinión y algunas clases sociales que constituyen centros naturales de resistencia. Esto es lo que ocurrió con el movimiento humanista y renacentista, que floreció tanto entre los altos intelectuales, pero que encontró focos de resistencia en las universidades, hasta el punto de que durante mucho tiempo permanecieron al margen del nuevo movimiento, apegadas a las fórmulas antiguas.

Entre los estratos más bajos de la población, la corrupción es mucho más lenta y hay mucha resistencia. En tiempos de Luis XIV, el pueblo seguía siendo tan ingenuo que iba a ver al rey pasear con las tres reinas: "María Teresa de Austria[6]", la duquesa de La Vallière[7] y la marquesa de Montespan8. Casi ni se daban cuenta de la terrible inmoralidad de ese hecho. ¡Qué rey tan poderoso con tres reinas! También en tiempos de Luis XIV, en los festivales populares y entretenimientos, todo se hacía en un ambiente propio de la Edad Media. La perversión tardó mucho en penetrar en las capas inferiores de la sociedad.

Pero esa resistencia sufre un proceso de degradación que se describe más o menos de la siguiente manera: inicialmente hay una indignación y resistencia profunda al deterioro; luego, una contemporización, a pesar de no adherir e incluso resistiendo; finalmente, una tolerancia indiferente seguida de admiración, envidia y adhesión al proceso que ya se encontraba victorioso hacía mucho tiempo en los estratos superiores de la sociedad.

¿Cómo se dobló la sociedad medieval?

Cuando estudiamos el problema de la decadencia de la sociedad medieval, nos viene una pregunta en el sentido de saber por dónde ella se inclinó ante la Revolución.

Muchos afirman que la decadencia correspondió a los reyes y el clero, quienes dieron el primer paso. Existe otra teoría, más comprensiva, que sostiene que todo fue posible desde el momento en que la resistencia dejó de caracterizarse por una intolerancia agresiva, indignada y militante. Solo la reacción enérgica es capaz de detener el avance del mal. Lo más lamentable no es que los malos sean audaces, sino que los buenos no los enfrenten con la intolerancia y la resistencia agresiva que ellos demuestran hacia el bien.

Si alguien denuncia públicamente el mal cometido por los revolucionarios, algo les obstaculiza, aunque no quieran. Y es este tipo de aprieto interno que produce convulsiones entre los revolucionarios. Muy pocos tienen el valor de contra-argumentar a quienes los denuncian. Quien vence es el que argumenta con más intolerancia y agresividad, en el sentido más profundo de la palabra. Bajo este aspecto, se puede decir, en cierto sentido, que todo depende de la intolerancia.

La victoria de los malos fue posible cuando la resistencia de los buenos dejó de ser intolerante

El mal empieza a imponerse cuando los buenos dejan de tener esta audaz y triunfante intolerancia.

Desde la Edad Media hasta la actualidad, la actitud de los apóstoles de la Iglesia frente a la Revolución ha sido, en términos generales, defensiva. Los soldados de la Iglesia han pensado siempre en defenderse, en construir murallas. Los pocos que tuvieron una intolerancia agresiva dieron lugar a heroicas resistencias. Este es el caso de San Luis Grignion de Montfort, cuyo apostolado dio lugar, en La Vendée, al mayor foco de resistencia contra la Revolución Francesa.

Podemos deducir de las nociones ya expuestas una teoría de la tolerancia. Es posible adoptar hacia la Revolución una posición tolerante legítima y verdadera, así como engañarse con una falsa tolerancia.

Supongamos a un director de almas que trata a uno de sus dirigidos, que, va bien en lo esencial de sus deberes, pero que tiene debilidades en este o en aquel particular. Puede ser conveniente esperar la hora de Dios para decir cierta verdad y, por tanto, tener mucha tolerancia y ser contemporizador. Y en esto, con mucho tacto, ser tolerante es un bien.

Pero si la misma persona le pide a su director una tolerancia en la línea de sus propias pasiones, y que consista en concordar que debe capitular en esa línea, sería un gran pecado que ese director de almas hiciera una concesión consciente.

No podemos tolerar, teniendo la autoridad para eso, que de vez en cuando fume un cigarrillo un hombre que tenga un gusto intemperante por fumar, pero que esté dispuesto a dejarlo. Al fumar, alimenta en sí mismo todo el dinamismo del vicio.

En relación con la sensualidad, un educador que prohíbe al discípulo ir a lugares peligrosos e inmorales, pero que le permite leer revistas inmorales, está cometiendo un gran pecado. Esto no puede llamarse tolerancia, en el buen y verdadero sentido de la palabra. Estas son actitudes que aceleran la marcha revolucionaria.

La teoría del pecado inmenso

Así como toda conversión surge del hecho de haber salido de un estado de hostilidad hacia la práctica de la virtud, toda crisis comienza con el abandono de una posición de amor por la Cruz, pasando luego a la contemporización, la tolerancia, la admiración y, finalmente, la adhesión al error; eso va de la plenitud de la práctica del bien hacia la decadencia, y los buenos decaen por ello. ¿Cómo es posible, podríamos preguntarnos, conjurar en este sentido?

La Providencia sugiere el establecimiento de todo un sistema de almas que se influyen mutuamente, como planetas y satélites, para evitar el deterioro de las buenas costumbres; constituyen entre ellos una familia de almas que, si permanecen íntegras y aplican el principio de la teoría de la intolerancia triunfante, no se desviarán. Su fidelidad al principio expuesto arriba será tal que detendrá el avance de la Revolución. Por lo tanto, podríamos decir que el peso del mundo recae en estas almas, que son la verdadera palanca de la Historia.

Como consecuencia de los principios enunciados, llegamos a la teoría del "pecado inmenso". En la raíz de todo este proceso, de esta apostasía, hubo un inmenso pecado. Las familias de almas deberían —en el diálogo interno de las distintas fibras de un pueblo, las cuales entran en lucha— mantener la fidelidad a la virtud y el amor a la Cruz. Alguien no la mantuvo. Hubo un alma muy amada por Dios que prevaricó. Y con ese pecado, todo el plan de la Providencia se vino abajo, porque Ella quiere, de una manera muy misteriosa, condicionar a la generosidad de ciertos individuos el libre curso de determinados hechos. Es el plan de Dios.

En la Edad Media, que vivió de grandes órdenes religiosas –benedictinos, la reforma de Cluny, franciscanos, dominicos, y no veo una orden religiosa sino algo como una familia de almas– hubo una u otra que, en cierta ocasión, no fue fiel. Como consecuencia, todos los virus malos comenzaron a actuar en el momento peligroso. Y siguió la hecatombe de la civilización feudal.

Del pináculo al abismo

Pero ¿por qué ya desde el inicio vino esta tremenda explosión, esta carga brutal de rebeldía? ¿Por qué tal fuerza explosiva? Porque cuanto



Flávio Lourenço

Sermón de San Luis Marie Grignion de Montfort
Museo de Arte e Historia, Cholet, Francia

mayor es la altura de la cual se cae, tanto mayor es el golpe, y cuanto mayor es la virtud, tanto más rugen las fieras al ser liberadas.

Ahora bien, el mundo estaba en un pináculo. Salir de este pináculo era soltar los animales más feroces. De ahí surgieron enormes pasiones que invadieron el mundo contemporáneo. Este "pecado inmenso" tuvo lugar en dos géneros: fue alguien o algunos que se entibiaron; y otros que, como consecuencia, siguieron sus pasos. De ahí la terrible descompresión de todo un continente, que continúa hasta hoy. Se trata únicamente de reforzar lo recuperable y buscar una era de plata, ya que la era de oro ha fracasado.

El sueño milagroso del papa Inocencio III, en el que San Francisco de Asís sostenía sobre sus hombros a la Iglesia, simbolizada en la Basílica de San Juan de Letrán que se rajaba en dos partes, se aplica a esta teoría del "pecado inmenso". San Francisco de Asís habría cometido un pecado inmenso si no hubiera evitado, con su apostolado, la caída de toda la Iglesia. Probablemente, si no hubiera existido San Francisco, esta revolución habría estallado mucho antes.

Entonces resulta plausible que otro "Francisco de Asís", en un momento dado, no haya correspondido y la Historia cambiara su curso. Este "pecado inmenso" pudo haber ocurrido a solas, en una celda religiosa, en la habitación de algún hombre muy llamado, que quizás rechazó un pequeño sacrificio, porque a veces todo depende de un pequeño sacrificio. Es un misterio de Dios.

Es incompleta la idea de que la victoria siempre es de los extremados de cada bando

Existe un modo corriente de concebir las luchas de la Revolución y la Contrarrevolución que hace ver dos grandes sectores divididos por una cortina ideológica: por un lado, los revolucionarios; del otro, los contrarrevolucionarios.

Así, en la primera Revolución hubo protestantes y católicos, luego monárquicos y republicanos, y hoy comunistas y anticomunistas. Cada uno de estos "ejércitos" aparece como una masa compacta. Los católicos son un cuerpo homogéneo frente a los protestantes, que también se consideran así. Después, los republicanos y monarquistas son dos bloques compactos. Lo mismo ocurre con el comunismo.

Según esta concepción histórica, la lucha, en cada una de estas ocasiones, fue liderada por los más ardorosos de los dos lados y, si la monarquía vence, la victoria pertenece a los ultra monarquistas; si ganan los republicanos, la victoria es de los jacobinos; si la Iglesia vence, la victoria es de los más extremos de la Contrarreforma. Según esta teoría, todos los acontecimientos del mundo estarían siempre entregados a las alas extremas.

Esta concepción es cierta, pero terriblemente incompleta. Un gran número de errores estratégicos que se han cometido, especialmente por la Contrarrevolución, se han basado en la ignorancia de lo que tiene de incompleto este panorama.

Si los contrarrevolucionarios, conscientes de que la Revolución es algo progresivo y gradual, hubieran sabido cómo combatirla explotando sus inclinaciones psicológicas, habrían podido ganar la lucha.

La necesidad de conocer el carácter progresivo de la Revolución

Quienes participan en la lucha de la Revolución y la Contrarrevolución deben tener un conocimiento muy especial de este carácter procesual de la Revolución, y tenerlo muy claro para poder comunicarlo a los demás contrarrevolucionarios. Este es el único medio a su alcance para detener el carácter progresivo de la Revolución. Una vez hecho esto, se puede pensar en Contrarrevolución.

Del lado de la Contrarrevolución, también hay un aspecto que, en el orden natural de las cosas, es muy importante. Es el choque contrarrevolucionario. Es el medio para sacar al revolucionario del mecanismo de la Revolución y hacerlo apto para ser contrarrevolucionario.



Divulgación / Library of Congress / Horace Vernet (CC3.0)

Principio de la doble gradualidad

Descendiendo a la psicología más profunda del hombre, observamos que en los apetitos humanos existe una especie de correspondencia con el orden natural creado por Dios. Los predicados de todas las criaturas son susceptibles a grados: hay grados de blancura, de suavidad, de oscuridad, de rigidez, de sabor. En la naturaleza, todo tiene predicados sujetos en ciertos grados.

Concomitantemente ocurre el mismo fenómeno en la dirección opuesta. La forma en que el hombre quiere también es gradual. Podemos, por ejemplo, mirar una luz y luego, gradualmente, irnos acostumbrando. Al principio tuvimos un choque y luego nos acostumbramos. Podemos acostumbrarnos a algo que es blando. Sin embargo, después de un tiempo, estaríamos satisfechos si nos ofrecieran algo aún más blando, porque no solo lo blando tiene grados, sino que estamos progresando, poco a poco, en el apetito por lo blando. En el grado más alto de blandura, nuestro apetito por ella también alcanza su máximo grado.

Al pasar de un grado a otro, vamos anhelando el otro grado. Mediante este proceso, pasamos de la ascesis de una cama de tablas a la abundancia de lo blando, por varios grados sucesivos, que son dos órdenes de grados: el de lo blando que está en las cosas y el de nuestros apetitos, que desean cada vez más lo blando.

Se trata de una gradación de los predicados de los distintos elementos y una capacidad para caminar gradualmente hasta alcanzar su extremo. Es el primer principio que podríamos mencionar, tan fuerte que un hombre nunca alcanza ciertos extremos de apetencia sin haber pasado por las escalas intermedias. Antes de haber deseado todas las escalas intermedias, es normal que el hombre rechace el extremo cuando le es presentado.

Principio de totalidad

Consideremos un segundo principio, que llamaríamos totalidad. Debe entenderse de forma muy matizada, para que no parezca falso y no se puedan hacer todo tipo de objeciones.

En cada satisfacción, en cada deleite que tenemos, en virtud de nuestra tendencia natural a la felicidad, somos llevados al extremo de esa complacencia, de ese deleite. En principio, y salvo por los contravapores que existen en nuestro organismo, en cada deleite, la tendencia es siempre llegar a su último refinamiento. Cuando apreciamos algo, queremos llevar a su último paroxismo.

Las tendencias existentes dentro del hombre aspiran la totalidad. Hay una especie de paroxismo, de auge, hacia el que todo se orienta. Por esta razón, para los hombres voluptuosos y las civilizaciones voluptuosas no hay límites. Estos desarrollan sus tendencias en todas direcciones. Lo que ocurre en relación con los sentidos se da también en relación con las pasiones del alma.

Una persona vanidosa en su físico, mientras no sea proclamada un Adonis, no está satisfecha. Después querrá que la proclamen muy por encima de este. Lo mismo puede de-



Gabriel K. / Flávio Lourenço / Sebastião C.

cirse de una persona orgullosa. Primero querrá ser rey constitucional de su país, luego monarca absoluto, después deseará un altar y muy pronto querrá ser deificada. Cada etapa tiende a su paroxismo.


Flávio Lourenço

Objeciones y salvedades a este segundo principio

Se podrían hacer objeciones a esto. Los ojos anhelan la luz; cuanta más luz reciban los ojos, más debería gustarles. Sin embargo, hay ciertas personas que tienen un horror a la luz excesiva.

Esto se explica de forma natural: en el hombre, para ciertas pasiones, existen algunos contravapores que funcionan como frenos. En este caso, estos contravapores son disposiciones del globo ocular que la luz perjudica. Pero son situaciones excepcionales. Esta no es la regla habitual, pues los hombres están siempre buscando más luz.

Sin embargo, dentro del principio de totalidad, se puede establecer una advertencia: existen ciertos contravapores en el hombre que, por sí mismos, establecen un límite al principio de totalidad. Un ejemplo es el caso de la luz arriba mencionado. Y el límite también es sentido común. Se sabe que existe ese principio, pero que no todos los hombres están, en todo momento, buscando toda la voluptuosidad.

Sin embargo, esta totalidad tiene una característica a su favor: en ciertos puntos, el hombre desea, sin ningún contravapor, una totalidad absoluta hasta la última exacerbación. No se conforma con nada más que con este extremo.

Para la gran mayoría de los hombres, el instinto sexual se presenta así. El desenfreno es tal que si la persona, de hecho, diera largas en esa materia, llegará a todo tipo de manías, paroxismos y degradaciones que, sucesivamente, van aumentando la intensidad del placer.

Junto al instinto sexual, también existe, para casi todos los hombres normales, una tendencia al orgullo que no conoce límites. Es algo incluso inconcebible. Estos dos instintos se transforman en pasiones, que son los dos principales motores de la Revolución.

Todos los hombres tienen grados en estas pasiones, pero tienden a una especie de exacerbación y plenitud. Es un paroxismo de placeres que es casi comparable a un éxtasis. Invade al hombre entero, lo satura, lo devora. Muchas veces estos vicios pueden no manifestarse claramente, pero en su interior, si no se combaten con fuerza, irán corroyendo y destruyendo todas las fibras del alma.

El principio por el cual la totalidad está contenida en el primer germen

La totalidad, o el apetito de la totalidad, está contenida en el germen inicial. Una persona que en su vida ha luchado contra el orgullo, y que siempre ha sido de una excelente perfección en la virtud de la humildad, cuando tenga por primera vez una falla en esta materia, escuchando, por ejemplo, con un poco más de complacencia, un elogio, realmente consiente en algo de apariencia insignificante, es solo una pequeña concesión. Sin embargo, para una persona que ha subido tan alto, esa concesión tiene un significado especial.

Se dice que cuanto mayor es la altura, mayor es la caída. De hecho, cuando escucha ese elogio con cierto placer, no solo está en juego su deseo, sino la carga completa de la vanidad más delirante. En términos exactos, la voluntad de ser adorado está contenida en esta concesión. Este primer germen contiene todos los paroxismos; cualquier concesión atrae el apetito de todas las demás.

La teoría del carácter progresivo queda así bien establecida. En el hombre que posee de manera rudimentaria la tremenda carga de sensualidad y orgullo que existe en cada ser humano, en la primera concesión hecha ya está contenida una apetencia por el paroxismo. Así comienza el proceso. No llegará al extremo de inmediato. Es verdadero el principio de la vida espiritual que dice que el hombre no hace nada de extremo repentinamente.

La primera concesión, sin embargo, alimenta la pasión y hace que avance diez. Este diez ya prepara el alma para la siguiente concesión, que le sigue. La pasión progresa cien; luego otra, y progresa cien mil; luego, millones. Y así como no hay suficiente unidad para medir la fuerza desintegradora del átomo, tampoco hay unidad que mida la fuerza de explosión intrínseca del alma humana.

Entonces, una cadena de fenómenos similar a lo que se ve en la Revo-

lución y la Contrarrevolución se procesa entonces en el alma. En el hombre, una carga en estado latente que, de manera repentina entra en erupción, e irá progresivamente aumentando, en virtud de la tendencia progresiva y gradual. Este es el camino normal y habitual porque el bien y el mal son deseables en grados. Sin embargo, nada impide que un proceso tenga un impulso formidable.

El revolucionario de marcha lenta y el de marcha rápida

El revolucionario de marcha rápida no es un hombre que haya dejado de recorrer las distintas etapas. La diferencia es que él pasa rápidamente por las fases intermedias, mientras que el otro las recorre lentamente. En este hay recursos psicológicos que actúan como amortiguador y, por otro lado, él no se entregó enteramente al vicio. Si examináramos al revolucionario rápido en cámara lenta, veríamos que sigue el mismo camino de deterioro que el revolucionario de marcha morosa.

El revolucionario de marcha lenta vive bajo una especie de compromiso de mentira. Y esto lo caracteriza. Quisiera mantenerse fiel a ciertas posiciones de virtud, pero no quiere renunciar por completo a una raíz de vicio que existe en él. Vive cerrando los ojos, vive de no ver, de no reconocer. No hay nada que lo haga estremecer más de que revelar ese vicio psicológico y mostrarle la realidad. Sería como desgarrarle la conciencia y sacar a la luz su pecado.

Con estas almas es necesario aplicar una dialéctica que consiste en argumentar según los principios explicados arriba y mostrar a las víctimas de este estado espiritual que ellas están sufriendo todo un proceso de revolución lenta, revelándoles que este proceso las conducirá, o a sus descendientes, a las últimas etapas de la Revolución.

Por tanto, es necesario conocer las reglas, los principios, las normas, para poder demostrar a alguien que este proceso existe, y después demostrarle que está caminando dentro de él. Es el único medio capaz de detenerlo. Y detener tales procesos es la única forma de impedir el avance de la Revolución, porque es progresiva y solo puede ser detenida si se desnuda este veneno.

Veracidad y utilidad de estas nociones

Alguien podría decir que en todas estas ideas hay un lado cojo. ¿Acaso todas las desviaciones y las más mínimas concesiones conducen a abusos vertiginosos? ¿Cualquier pequeña concesión que se esté haciendo en cualquier campo, en última instancia, ya es un precipitarse al abismo de todas las condescendencias? ¿Es cierto que, si tomamos el hábito de ceder a todo tipo de pequeños abusos, nos lanzamos al precipicio?

Debemos distinguir en nosotros mismos las concesiones que hacemos en los puntos en los que nuestra tendencia hacia la totalidad tiene contravapores. Donde las haya, no existe un riesgo grave ni próximo de llegar a los mayores absurdos. Sin embargo, hay otros puntos donde los llamados contravapores internos no existen y donde cualquier concesión es un primer paso hacia un verdadero abismo. Por lo tanto, es necesario dejar claro de lo que hablamos cuando nos referimos a las pequeñas concesiones.

La tendencia a la totalidad, al paroxismo, a esta especie de éxtasis porcino, ya contiene en sí los gérmenes de lo monstruoso. Al principio, la persona quiere todo lo que está de acuerdo con el orden de la naturaleza. Cuando ésta lo aburre, su apetito continúa muy fuerte. Entonces recurre a formas monstruosas para obtener su deleite.

Alguien, en cambio, podría decirnos que todas estas ideas no son nuevas. Eso no debe preocuparnos. Nos preocuparía preguntar si son útiles. Pero asegurémonos de que tomar estas nociones, reducirlas a tablillas, principios o monedas bien acuñadas, y después usarlas en el combate contra la Revolución. Es una tarea de gran utilidad para la causa contrarrevolucionaria.



Los siete vicios capitales, por Hieronymus Bosch – Museo del Prado, Madrid

Divulgación (CC3.0)

Boss Tweed (CC 3.0)

III

Evolución de la tendencia para la idea y las tramas de la Revolución



Samuel Holanda

Sofismas producidos por la tendencia revolucionaria

Veamos cómo pasa el fenómeno de la inspiración de la idea, cuál es su origen y como la tendencia revolucionaria produce el sofisma.

El fenómeno de inspiración de la idea revolucionaria se puede dar de innumerables maneras. Hay en ese campo una riqueza, diríamos, inagotable.

Sin embargo, hay un modo más universal que podemos fijar, porque se da, por lo menos en alguna medida, en todas las personas. Históricamente hablando, fue lo que se dio con más frecuencia en el transcurso de la Revolución.

Para comprender mejor ese problema, debemos conocer la psicología de las personas que han sido maniobradas por la Revolución.

Veámoslo en el terreno de las modas.

Una señora que haya usado, en sus tiempos de joven, grandes sombreros, con un pico de pajarito al frente, cerezas de goma al lado y toda una huerta en el centro, pasando después para los días actuales, en que los sombreros femeninos se parecen más a cacerolas boca abajo en lo alto de la cabeza, de manera ridícula, semejante a un payaso, si a esa señora, en su juventud, le fuera posible verse vestida cuando tuviese sesenta años, ella lloraría. Pensaría que se habría vuelto loca. Fue, sin embargo, conducida a usar lo que no quería, ¡sin considerarlo feo y sin extrañarse! Al ponerse el sombrero en la cabeza, ella lo hizo como la cosa más natural. Una a la cual le parecía inmoral un traje de baño un poco arriba del tobillo, no se extrañó cuando usó uno incomparablemente más inmoral.

Cohabitación de varias mentalidades aprovechada por la Revolución

Debemos notar que no se trata de saber por qué tales personas hicieron eso. Se puede hacer algo que se considere que está mal hecho, obedeciendo a una imposición de la moda. Es reprobable, pero no es un misterio que eso se haga: por un lado, existe la convicción; por el otro, el interés; el alma pisa la convicción

y sigue el interés. El misterio psicológico es otro: está en saber por qué no hubo extrañeza en la práctica del acto.

Es interesante observar que en esas almas cohabitan varias psicologías. A una persona de la generación de nuestros abuelos, por ejemplo, sería posible que tomara el trabajo *Revolución y Contra - Revolución*, lo leyera y, concordando, lo considerara muy bueno. Algún tiempo después, leyendo una nota en un diario liberal, considerara que allí está la verdad. Y sería sincera en ambas actitudes. Ora pensaría de una manera, ora de otra. Pero podría tener la persuasión de lo que está diciendo y, en este sentido, sería sincera.

Así, en la mayor parte de los hombres, hay varias mentalidades que cohabitan. La Revolución, en esa marcha progresiva, no elimina propiamente una de ellas, sino que camina de tal modo que hace salir ganando a una mentalidad sobre las otras, y, quedando esta siempre en la superficie, relega las demás al olvido.

Revolución y luz primordial

Consideremos esos fenómenos bajo la luz de un punto de doctrina que nos es muy querido. Me refiero a la luz primordial[9]. Solamente quien corresponde a su luz primordial tiene certeza de que está en el buen camino. El hombre que no corresponde a ella es un espíritu incapaz de tener certeza.

La luz intelectual de todo hombre, en los planos natural y sobrenatural, es más fuerte respecto de unos tantos puntos que corresponden a la luz primordial. Como a través de la luz primordial el hombre tiene una visión muy clara de lo que lo rodea, ella le da unas tantas certezas que son criterio para otras certezas. De esa manera, si alguien está convencido de que determinados puntos están de acuerdo con su luz primordial, todas las consecuencias serán verdaderas también, y todo lo que contraríe esos puntos es erróneo.

Analizando las cosas bajo el prisma de la luz primordial, todo se vuelve muy simple, porque allí vemos la verdad con mucha claridad. Ella es como una especie de columna vertebral del mecanismo de la certeza. Cuando el hombre no le es fiel, acaba por querer conquistar las verdades, no a partir de esa luz, sino por un juego de raciocinio. Y la vida se torna la selva oscura de que nos habla Dante, pues si no tratamos de iluminarla a partir de las certezas de nuestra luz primordial, no tendremos verdadera certeza, ni del bien ni del mal, ni de la verdad ni del error.


Vicente Torres

La inmensa mayoría de los hombres, no obstante, no procura su luz primordial, pero, por otro lado, también, no se entrega de tal manera al vicio capital que, al menos en esa línea, construya una serie de tesis que quiera adoptar como verdad; se entrega a ese vicio de manera nebulosa y vaga, y se siente, entonces, incapaz de formar cualquier certeza.

La vida, a los ojos del hombre que perdió ese rumbo, se transforma en el reino de las impresiones. Si, cuando pequeño, conoció, en la escuela o en el colegio, una religiosa muy buena, amable, conserva una gran idea de la religión. Pero, si, por otro lado, tuvo después contacto con un profesor de espíritu volteriano, muy jocoso, maestro en anécdotas anticlericales que consideró muy espirituosas, pasó a simpatizar con el anticlericalismo. Si vio en los museos de Europa bellos objetos aristocráticos, admiró su clase. Pero si también asistió a una película de cine en que la aristocracia era representada de modo muy desfavorable, habrá quedado con cierta antipatía.

En su alma, entonces, se agrupan varias personalidades: el monarquista, el republicano, el anticlerical, a manera de impresiones que, ora una, ora otra, viene a la superficie y que tienen cierta solidaridad entre sí. Hay una lógica profunda que hace que un error lleve a la superficie una serie de otros errores. Es un fenómeno de yuxtaposiciones que funcionan sin que ese pobre hombre sepa por qué.

La teoría de la justificación del pecado y su utilidad para la obra de la Revolución

Un hombre que se embriaga practica un pecado. Hay un móvil próximo en lo que hizo, que fue el acto de tomar líquido alcohólico. Pero, embriagándose, forma un juicio respecto del vicio de la embriaguez. Así,


Flávio Lourenço

después de la acción pecaminosa, es llevado a un pecado de espíritu. Sin embargo, en general eso no se da a corto plazo: alguien bebe e inmediatamente formula un sofisma para justificar su borrachera. No. Pero comúnmente la persona piensa: "Yo bebí, ¿qué hice yo? Me irritaré mucho si se dice que actué mal, no quiero que se diga esto."

Pecando, él es llevado a justificar su acto porque nace la idea de que todo lo que surge dentro de sí es más o menos legítimo. Por el hecho de haberse embriagado, nace cierta tolerancia para con la embriaguez, que no es tanto un juzgar, sino un huir de la obligación de juzgar.

La actitud de no juzgar la borrachera hace que el hombre comience a observar ciertos aspectos colaterales de la borrachera que le parecen bonitos; después, tendrá tolerancia, ya no considerando mala la borrachera; y, por fin, vendrá el desprecio por el hombre que no bebe. La inspiración errada de la idea errada no viene directamente, sino lentamente. Su posición se torna una actitud de espíritu, de la cual, a su vez, nacerá la justificación.

Los ímpetus, la atonía, la simpatía y el proceso de justificación interna

Esa actitud tiene su raíz en un hecho curioso. Todos repiten el principio de la ley de la carne y de la ley del espíritu. Nosotros, católicos contra-revolucionarios, tenemos cierta facilidad para distinguir la ley de la carne y la del espíritu, y para percibir que somos irresponsables por los primeros impulsos de la ley de la carne.

Se comprende que se pueden tener las peores inclinaciones y es natural que las tengamos, porque así es el hombre; pero, el eje de la cuestión está en no consentir. Tenemos tan firme la idea del consentimiento, que conocemos nuestro ímpetu para todo: robar, mentir, etc. Podríamos decir que somos una colección de pésimos ímpetus. Sabemos, no obstante, que para que haya pecado es necesario nuestro consentimiento y no apenas los ímpetus, y que, por lo tanto, el peor de ellos no nos degrada.

La mayor parte de las personas, sin embargo, no poseen esa mentalidad, ese modo de sentir y actuar. Tienen en el subconsciente que el mal ímpetu, aunque no consentido, es su vergüenza. Así, si le decimos a alguien que él tiene tendencia a la deslealtad, la primera idea que le ocurre es de que estamos queriendo injuriarlo; se siente ofendidísimo con todas las pasiones que rugen dentro suyo; la tendencia apuntada constituye una sentina para la cual ni se debe mirar.

Y la persona, como resultado, se vuelve solidaria con las mayores infamias que nacen dentro de ella. De ahí surge un estado un espíritu listo para entrar en ese proceso de atonía, después de simpatía y, por fin, de justificación, que acabo de describir.

La inmensa mayoría de las personas queda vagando al azar, como una corteza en el mar. Esas son las víctimas arquetípicas para que se enmarañen en el proceso revolucionario. Son ellas a quienes la Revolución, por medio de sugestiones bien hechas, lleva a pensar según sus postulados.

La creación de un mito

Hemos notado cierto modo de actuar de la Revolución en este particular. Con un poco de propaganda, ella levanta para esas mentalidades un como que tabú, sin demostración, un valor supremo, intuitivo. Es lo que se da muchas veces cuando en una rueda de *grau-finos* [ndr. personas que llevan una vida muy lujosa, pero que le dan más importancia a que las cosas sean carísimas a que sean de buen gusto. También se caracterizan por la extravagancia y esnobismo] alguien dice: "Él es muy *grau-fino*"; o en un círculo de personas a las cuales les gusta trabajar: "Él es un productor"; o en alguna rueda de vagos: "El sí que sabe gozar la vida." Se levanta un punto presentado como un núcleo en torno del cual una serie de sugestiones comienzan a gravitar y a desempeñar su papel. Se crea, entonces, un mito.

El mito del productor y de la producción, por ejemplo, que trae consigo toda una filosofía de vida, es muy característico en ese sentido. Se colo-

ca en el subconsciente de alguien que una sociedad es un núcleo de consumidores, que necesitan producir para no perecer. Por lo tanto, el hombre que no produce es una especie de ladrón, porque está alimentándose con lo que producen los otros.

Es una tesis que se comporta como una pequeña ley de derecho natural. Se construye un "orden natural" y, a partir de él, se sacan algunas conclusiones. Es cierto que el esfuerzo para una producción eficiente depende de una lucha ardua. No basta, pues, que todos produzcan, sino que es necesario que lo hagan arduamente. Alguien que trabajase con más flacidez sería un contrabandista del trabajo, que carga en sí molicies que fueron robadas a los otros.

Ese mito de la producción ha forjado una especie de pena de los necesitados, porque la producción, en último análisis, tiene cierto fin filantrópico para conseguir que todos la acepten.

La Revolución gobierna el mundo creando mitos

La Revolución gobierna el mundo construyendo lentamente filosofías como esa y haciéndolas caminar. Por medio de hábiles ardides y sutiles sugestiones, hace que se pase de modo rápido de la filosofía del trabajo para la filosofía socialista. Para eso, es suficiente crear, en la sociedad, un clima en que, primero, a título de caridad cristiana, se noticie el mayor número de problemas sociales.

Se crea, entonces, el problema del menor estrábico, del viejo zurdo, del niño defectuoso, del cáncer… En torno de cada enfermedad se forma un problema. En fin, el cuerpo social queda pareciendo una sola llaga. Y nunca será suficiente todo el esfuerzo que se haga para aliviar tales problemas. La campaña sirve más para mostrar que el hecho es insoluble, que para resolverlo. Y la persona termina con una especie de remordimiento por lo que posee y con la idea de que su producción, por más frenética que sea, aún será poca, porque debe ser distribuida para todos. De ahí a una ley socialista la distancia es mínima.

No se hizo esto difundiendo el manifiesto de Marx, sino creando panoramas que se van sucediendo unos a los otros, a manera de argumentación, porque la persona piensa que fue ella que elaboró los argumentos que vinieron a su mente. El talento del método está en insinuar eso. Todos son filósofos de la solución socialista…

La falta de certeza, razón de la docilidad a la Revolución

Veamos como las tesis se encadenan. Un hombre que no correspondió a su luz primordial, no teniendo, por lo tanto, el mecanismo que da a su espíritu la plena certeza, o que no cedió por completo a su vicio capital y no tiene el mecanismo de odios funcionando a la manera de certeza, tiene una serie de varales extendidos entre esos dos extremos, con todas las gamas del pensamiento humano. Esas gamas móviles podrán ser modeladas de acuerdo con ese gran teatro social de insinuaciones que se va lanzando. He ahí, un alma que es un óptimo caldo de cultivo para la acción de la Revolución.

A través de ese proceso sería fácil producir en una ciudad, toda ella anti-izquierdista, un éxtasis izquierdista o producir un éxtasis anti-izquierdista en una ciudad izquierdista.

Imaginemos, para ejemplificar las tres ciudades periféricas de São Pau-



Gabriel K.



Francisco Lecaros

lo, Santo André, São Bernardo y São Caetano, conocidas como el ABC, intensamente izquierdista; si, en la hora en que los obreros estuvieran saliendo de las fábricas, se hiciera pasar un carruaje a la moda del *Ancien Régime*, tirado por un lindo par de caballos blancos, con un matrimonio muy bien vestido, podemos garantizar que serían aplaudidos, si se comportaran con cierta prudencia.

Decimos esto porque hay dos modos de andar en carruaje: uno por el cual gozamos sin que los otros perciban nuestro placer; y otro por el cual hacemos que los otros también tengan placer con nuestro gozo. Es uno de los bellos aspectos del modo de ser de la Reina Isabel II. Ella sin demagogia, tiene algo de eso; el pueblo se siente feliz en ver su felicidad. Es lo que sucedería con los obreros ante un matrimonio así. Veinte años de discursos sindicales habrían perdido su efecto…

Las mentalidades hoy en día están sin rumbo, al aire. Es lo que facilita el trabajo contra-revolucionario. La figura que expresa eso es el piano. Es tal la confusión existente en las mentes modernas que cualquiera de las tesis contra-revolucionarias puede vivir en esas mentalidades, desde el entusiasmo por María Antonieta, la reina-mártir, hasta manifestar comprensión por Khrushchov[10]. Es un piano del cual se saca cualquier nota, desde que se sepa cómo tocarlo. Se consigue todo, menos algo consistente y durable.

Las almas están reducidas hoy a un inmenso piano y la Revolución toca sobre él el aria que le agrada. Es la esclavización del mundo contemporáneo a la propaganda.

La certeza de la Edad Media; las incertezas en el Renacimiento y en la Revolución Francesa

En la Edad Media, la certeza dada por la fidelidad a la luz primordial era muy evidente. El ambiente, muy homogéneo, las ideas ordenadas, el arte y la arquitectura muy coherentes con la doctrina, todo llevaba a considerar muy natural que así fuesen las cosas. Se tomaba por presupuesto natural que aquel modo de ser era el legítimo.

Y el hombre, sobre todo al final de la Edad Media, estaba tan lejos de comprender lo que debía a la Civilización Católica, que se pudo inventar el mito del *bon sauvage*[11], durando hasta el "O Guaraní"[12], colocado en ópera por Carlos Gomes[13], en que se imaginaba indios pensando y raciocinando como verdaderos héroes de Corneille[14]. Se consideraba tan evidente aquel cuadro de valores, que hasta el salvaje los asumía.

El Renacimiento rompe el mecanismo de certeza. Primero vino la crisis moral, que apartó a los hombres de su luz primordial. Lejos de esta luz



Divulgação (CC3.0)

Nikita Khrushchev y Joseph Stalin, en enero de 1936

fue posible desviarlos de la certeza. Y la demolición comenzó por el punto central, tocando en la divinidad y en la infalibilidad de la Iglesia. Las tendencias se fragmentan en diversas direcciones. Cada bloque tiene certeza de su certeza. Y se siguió la división de las sectas, cada cual con su certeza.

En el centro de esas certezas contradictorias ya había una incerteza, porque los hombres son hechos de tal manera que no confían mucho en sí mismos. Incluso entre los católicos, con excepción de los extremamente fieles, con fe capaz de mover montañas, esa pluralidad de opiniones les comunicaba una especie de incerteza fundamental, vaga, imponderable, y de ahí la inquietud, la polémica, el diálogo, para ver si del lado opuesto no había una parcela de verdad.

La Revolución Francesa generalizó ese modo de comportarse, trasladándolo al terreno político. Tenemos los monarquistas del *Ancien Régime*, los monarquistas constitucionales, los republicanos moderados, los avanzados y los comunistas. Una serie de certezas en duda. La Revolución quería que todos se volvieran comunistas. Al no conseguir esto, provocó el entrechoque de las opiniones contradictorias. Los que ya no tenían más un perfecto mecanismo de certeza quedaron medio monarquistas, medio republicanos. Surgió una prensa funcionando como una verdadera feria de opiniones. Y no habiendo conseguido todavía que todos se vuelvan comunistas, consigue, no obstante, que todos queden, por lo menos, indiferentes.

Son las tramas de la Revolución.[15] ❖



PD-Art(CC3.0)

1) Cf. Revolución y Contra – Revolución, Parte I, Cap. III, 5, A.

2) Pseudónimo de François de Montcorbier (*1431 – +1463), poeta y ladrón francés.

3) Manuel María Barbosa l'Hedois du Bocage (*1765 – +1805), poeta portugués.

4) Nicolas Maquiavelo (*1469 – +1527), filósofo, historiador, poeta, diplomático y músico italiano.

5) Albrecht Durero (*1471 – +1528), grabador, pintor, ilustrador y matemático alemán.

6) Reina de Francia, Infanta de España y Archiduquesa de Austria (*1638 – +1683).

7) Luisa Francisca de La Baume Le Blanc (*1644 – +1710).

8) Francisca Atenas de Rochechouart (*1640 – +1707).

9) La luz primordial es la virtud dominante que un alma está llamada a reflejar, imprimiendo en las otras virtudes su tonalidad particular. A ella se opone el vicio capital.

10) Nikita Sergueievitch Khrushchov (*1894 – +1971). Lideró la Unión Soviética durante parte de la Guerra Fría (1953 – 1964).

11) Mito del buen salvaje, propagado por filósofos iluministas después del descubrimiento de América. Defendían la tesis de una humanidad naturalmente buena, ingenua, que se habría corrompido por la civilización.

12) Romance de José de Alencar.

13) Antonio Carlos Gomes (*1836 – +1896), Compositor de ópera brasilero.

14) Pierre Corneille (*1606 – +1684), dramaturgo francés.

15) Una parte del presente artículo corresponde a la reedición de la materia, revista y ampliada, publicada en los números 156 y 157 de la *Revista Dr. Plinio* (marzo y abril de 2011), insertada aquí para proporcionar al lector una visión de conjunto mejor del tema parcialmente tratado en las ediciones arriba mencionadas.

La mayor razón de esperanza de los contra-revolucionarios



Luis C. R. Abreu

Estamos en los lances supremos de una lucha, que llamaríamos de muerte si uno de los contendientes no fuese inmortal, entre la Iglesia y la Revolución. Hijos de la Iglesia, luchadores en las lides de la Contra-Revolución, es natural que, al cabo de este trabajo, lo consagremos filialmente a Nuestra Señora.

La primera, la grande, la eterna revolucionaria, inspiradora y fautora suprema de esta Revolución, como de las que la precedieron y le sucedan, es la Serpiente, cuya cabeza fue aplastada por la Virgen Inmaculada. María es, pues, la Patrona de cuantos luchan contra la Revolución.

La mediación universal y omnipotente de la Madre de Dios es la mayor razón de esperanza de los contra-rrevolucionarios. Y en Fátima, Ella ya les dio la certeza de la victoria, cuando anunció que, aún después de una eventual irrupción del comunismo en el mundo entero, por fin su Inmaculado Corazón triunfará.

Que la Virgen acepte, pues, este homenaje filial, tributo de amor y expresión de confianza absoluta en su triunfo.

(Extraído de Revolución y Contra-Revolución, Conclusión)